



EL ANTIFAZ MÁGICO

Y OTROS RELATOS

GONZALO VELEZ JAIN

EL ANTIFAZ MAGICO Y OTROS RELATOS

PREFACIO

El Antifaz Mágico se publicó por primera vez en 1995, en una edición limitada, algunos de cuyos ejemplares han ido a parar a exóticos rincones del planeta. Con esta nueva edición, se hará posible la publicación de estas historias para una más amplia difusión de su contenido, que permitirá a los lectores agregar sus comentarios. La primera página contiene la dedicatoria: "A mi amada familia, a la misteriosa maravilla del porvenir y del pasado y a los caprichosos frutos de mi fantasía".

A continuación, el texto de la introducción impresa en la edición original del "Antifaz Mágico":

"Queridos lectores:

Con este puñado de cuentos he querido incursionar, por vez primera, en el reino de la ciencia-fantasía, al cual por lo demás me he hallado sentimentalmente vinculado desde mis primeras lecturas. Son dieciséis [nota del Editor: diecisiete en la edición original] puertas de la imaginación - dieciséis umbrales que, al ser transpuestos, nos invitarán, según distintos derroteros, a compartir la magia de su contenido. Empezaremos este recorrido con el apocalíptico desenlace del muy talentoso Emperador de lo Virtual y de su efímero mundo en el primer relato de El Beso del Hada Morgana. Desde la impredecible consecuencia de un error humano durante un viaje al pasado, donde acontece una Segunda Equivocación, al estremecedor impacto del virus destructor que acecha en "...Hemotrónico"; el inesperado desenlace de un bucólico vuelo

en zeppelin en medio de La Travesía, la muy hermosa fábula del Anti-León (mi cuento preferido), la gélida pureza de una espectacular producción cinematográfica futura en "Sinfonía Invernal" y la añoranza del pasado irrecuperable contenida en el frágil cáliz de La Rosa Púrpura Virtual.... Y eso es sólo el comienzo ! Deberemos también incursionar en una playa lejana, en una noche sin luna tras las huellas del espectral Surfista de "Sol Mojado"; compartir apesadumbrados la extraña historia de Carlitos, el terrible y su aventura en el Ciberespacio; la lucha desesperada por la supervivencia de Los Binexiados, un puñado de prisioneros que osaron intentar escapar hacia lo desconocido. Nos corresponde a continuación asomarnos a los albores de la ética y sus implicaciones en la edad de la robótica y la telepresencia, a través del trágico e inexorable destino de El Condenado. Luego, presenciaremos en tropel: el súbito despertar de un viajero perdido en el mundo de la lluvia inagotable; la sorprendente sublimación de la existencia de un héroe en El Rescate; la patética y poética experiencia en una lejana isla de rubias mieses y balsámicas brisas y gente ingrata en La Diosa Alta de la Colina Esbelta; una nueva aproximación al renombrado cuento del admirado Lord Dunsany, que he dado en llamar el Tercer Chiste y todo el embrujo de Venecia la inolvidable, la que yace voluptuosa de cara al Adriático como una gran gata que mira el infinito, y el fantástico episodio del Antifaz Mágico. Hay mucho de Realidad Virtual en este grupo de historias; ha sido la materia prima que me permitió consolidar el puente a través del cual ingresaremos juntos al reino donde pasado y futuro coexisten en armoniosa vivencia. Pero, alerta ! Quiero creer que las

aristas de esta incipiente tecnología han sido dramáticamente suavizadas por el contenido del mensaje humano que encierra la narrativa a la cual apoyan. He dejado reposar estas historias por varios meses para luego releerlas con mayor grado de objetividad y todavía las encuentro inspiradoras. Ahora, llegó el momento de compartirlas con ustedes. Los invito, pues, a acompañarme en una inolvidable y fantástica excursión que los alejará de sus preocupaciones cotidianas y donde juntos navegaremos las diferentes experiencias que siguen a continuación. Si al cerrar estas páginas lo hacen ustedes con una sonrisa interna cuyo bienestar refleje la satisfacción de un rato de lectura bien empleado, ello será para mi suficiente recompensa.

~ Gonzalo Vélez Jahn

EL BESO DEL HADA MORGANA

Y aquí se acelera nuestro viaje. Con la leyenda del Hada Morgana, de las escarpadas costas calabresas y su apocalíptico beso "cálido y frío, como un abrasador y ululante viento del desierto galopando salvaje sobre los altos ventisqueros de las desolaciones polares"... Y la obsesión de un inventor que ardió en su llama...

Lo llamaban Emperador de lo Virtual, Señor del Espejismo, Mago del Ciberespacio y muchos otros adjetivos que testimoniaban la ferviente admiración popular hacia su mítica figura. Era considerado el más grande talento de la época, el hombre que cabalgaba el rayo y domeñaba el trueno, utilizando para ello el inconmensurable poder de la electrónica. En una paradójica época ahita de percepciones y ávida de vivencias, había salido de la nada para convertirse de la noche a la mañana en el centro de la atracción de medios de comunicación y de habitantes del planeta, por igual...

Y, realmente, existía justo pie para sus méritos. Había desarrollado una sin igual técnica que empequeñecía los logros iniciales de la ya tradicional realidad virtual, rescatándola del ritual de la inmersión personal a través

de "ventanas" individuales articuladas en red, rebasando la barrera tecnológica implícita y proyectando los universos virtuales allí atrapados al ámbito del firmamento, abriendo de paso la puerta los grandes espectáculos colectivos virtuales ,a escala mucho mas allá de lo imaginado por los empresarios de la época. En el arcano recuerdo quedaban ahora los días de rígidos yelmos y acartonados guantes e incómodos arneses y demás limitante parafernalia.

Mas lo antedicho era tan solo el preámbulo de un ambicioso y sin par proyecto. Estaba a punto de dar el paso mas audaz de su, de por si, osada trayectoria, y desde ya se regocijaba con ello...

Pero... todo a su debido momento. Para ubicarnos con propiedad dentro de esta narrativa debemos remontarnos primero, en nuestra imaginación, al origen ignoto de este personaje de leyenda, y descubrir los resortes iniciales de su motivación, aquellos que lo catapultaron al estrellato que hoy asume gustosamente. Indaguemos en un pasado desconocido aun para sus mas cercanos seguidores y amigos y aprendamos, con humildad, de los ocultos

designios con los que la naturaleza entreteje la incomprensible urdimbre de la existencia.

Y así nos transportamos, pues, a la escarpada costa calabresa, que bordea el manto azul del mar Jónico, donde un niño y su perro corretean alegremente solazándose, sin saberlo, en las delicias del ocio, en el marco de la majestuosa y cristalina comunión de cielo y océano. Estamos en época de vacaciones y su familia ha decidido refugiarse en esta apartada región de la comarca para disfrutar del merecido asueto. Lejos está el insoportable bullicio de la gran ciudad y sus siempre crecientes tensiones... Cercano, el rutinario accionar de labradores hollando la agreste tierra para gestar la cosecha bienhechora.

Súbitamente, el niño detecta un nuevo patrón en el bucólico ambiente que lo rodea. Los aldeanos han detenido su actividad uno a uno y otean ahora el mar con absoluta concentración y arrobos. Sin comprender sus diálogos, el niño intuye la importancia del evento. Y su inquietud no pasa desapercibida: "¡Fata Morgana!... ¡Fata Morgana!" solo acierta a exclamar el rústico poblador, que lo aúpa en sus fuertes brazos y apunta con su dedo índice

hacia la lejanía uniéndose a los que ya lo hacen desde diversos puntos del acantilado.

¡Y de pronto la vé! En el cielo, a la distancia, una imagen increíble se muestra a sus ojos. Enormes formaciones cuasi-rocosas, de extrañas proporciones que recuerdan curiosamente los castillos de los cuentos inmortales que pueblan su naciente fantasía flotan graciosamente sobre el mar imperturbable, cambiando, mutando, desafiando la imaginación y los sentidos con sus imposibles evoluciones y la paradójica solidez de su presencia. Poco dura la visión magnífica. Tan inesperadamente como ha llegado desaparece sin dejar rastro alguno en el límpido escenario. Pero su presencia, en apariencia efímera, ha dejado una indeleble huella en el niño, que lo acompañará toda su vida y se convertirá, en el tiempo, en su misma razón de ser.

Y en el transcurrir de su subsecuente adolescencia, despierta a menudo sintiendo, con la misma intensidad del primer día, el impacto del maravilloso espectáculo que lo estremece, con intuidas promesas, hasta lo más profundo de su sensibilidad...

Pasan ahora los años. El niño de ayer es ahora osado universitario en pos del conocimiento y del descubrimiento. Sabe, desde hace tiempo que "Fata Morgana" es un calificativo calabrés para un espectacular espejismo (que se traduce del italiano al español como "Hada Morgana", la legendaria hechicera celta de los tiempos medievales, la "Dama del Lago" de cabellos de ébano que hechizó por igual al rey Arturo y a Lanzarote, al rejuvenecido Ogier le Danois y al mitológico sabio conocido como el Mago Merlin).

Y en la sutil deformación que indefectiblemente altera todo recuerdo humano, incorpora ahora a la imagen original que presenciaron sus ojos la majestuosa esencia de una magnífica mujer que se le mostraba sin revelarse en el trasfondo del espectáculo orquestado..

Más luego, a través de los años que completan su formación profesional, persigue y conoce de cerca al fenómeno del "Hada Morgana" en las diversas regiones del mundo donde se evidencia su insólita presencia, replicándose por igual desde las costas japonesas hasta los vastos y helados parajes de las regiones de los Grandes Lagos. Se trata, en síntesis, de un curioso tipo de

espejismo de doble reflexión cuyas potencialidades incendian su imaginación creativa.

Pero aun esto no es suficiente para él. No le basta con su sola contemplación: aspira a su posesión total e irrestricta.

Y surge entonces, pujante, la semilla de lo que va a significar su gran aporte. No quiere que el espejismo resulte mero fruto del azar con su inevitable secuela de desilusiones. Quiere poder recrear el fenómeno por voluntad propia, en el sitio y el momento que le plazca. Y pone toda su voluntad y talento en lograrlo.

Primero es el paciente dominio de la caprichosa conformación de las capas del aire, controlándolas, reorganizándolas, depurándolas y disponiéndolas, según sus características de temperatura, a manera de una gigantesca combinación de dispositivos óptico-magnéticos, donde las capas de aire, ahora controladas por la tecnología, actúan a modo de lentes cóncavos y convexos que permiten la reflexión y distorsión "inteligente" de imágenes originadas y captadas en distantes regiones del planeta. Posteriormente, también el

sonido en los fenómenos naturales debe ser cuidadosamente estudiado y articulado para su incorporación en las obras futuras a ser montadas. Finalmente, se suceden incontables experimentos y pruebas destinadas a desarrollar y controlar los resultados iniciales obtenidos en ámbitos de cada vez mayor extensión.

Amparado en esta revolucionaria técnica, se convierte en el jefe y motor de una empresa dedicada a montar enormes espectáculos virtuales colectivos, inigualables en cuanto a su impacto sensorial comunitario. Los gobiernos del mundo se disputan su presencia y las multitudes la aclaman delirantemente. Es el fenómeno tecnológico de la época.

Pero retomemos ahora el hilo de nuestra historia...

Tenía nuestro inventor un plan verdaderamente osado. Consistía en una gigantesca proyección flotando a gran altura, visualizable desde lejanas regiones de la comarca. De noche, iluminada con rayos infrarrojos que la realzaban en toda su espléndida majestad. Holográfica,

multisensorial y acompañada por sonidos extraídos de las mismas entrañas de la naturaleza.

Los preparativos para lograr tan magno sueño permitieron vencer obstáculos tecnológicos virtualmente insalvables. Por el contrario, lo más sencillo fue darle publicidad. En una época de comunicación a distancia instantánea y masiva su divulgación era espontánea y, casi diríamos, ineludible. A ello ayudó la cuidadosamente orquestada secuencia de proyecciones de ensayo sobre el firmamento, que, por si sola, promocionaba el trasfondo de lo que se estaba gestando. Por si fuera poco la noticia saltó de "modem" en "modem" con asombrosa agilidad. Apropiadamente, la publicidad dió con el título que habría de exaltar la imaginación del público : La Boda del Hada Morgana". La entusiasta reacción inicial sugería pingües beneficios. Y sobre ella se concentró de inmediato el laboratorio de especialistas, para sublimarla al diapasón de su quintaesencia...

Y llegó finalmente el ansiado momento. Pobladores del area circundante y visitantes provenientes de apartadas regiones geográficas, luciendo por igual livianos lentes infrarrojos adaptados especialmente para tal fin colmaron

plazas y avenidas esperando pacientemente presenciar, en el lejano y estático escenario del firmamento, el aguardado, sin igual fenómeno. Reinaba la calma. Era una fresca noche sin luna de transparentes tinieblas. Hábles y subliminales comerciales se constituían en preámbulo de lo que estaba por venir.

De pronto, un murmullo creciente! En el lejano cielo, comenzaba a bosquejarse en sutiles variaciones una forma, una enorme y majestuosa forma. La vida entera de la comunidad, pendiente del hilo de la curiosidad, se concentraba únicamente en lo que estaba ocurriendo allá arriba. El movimiento en las calles se congeló totalmente.

Orquestada convenientemente, la gigantesca imagen en los cielos se hacía por momentos mas sólida, mas real. Un “oh” de admiración brotaba espontáneo de todas las bocas. Era el mejor reconocimiento a su genio, al fruto paciente de su labor que inventor alguno pudiera aspirar.

El castillo que se cernía en los cielos, ahora nítidamente bosquejado era realmente espectacular: profundos torreones y gráciles almenas donde parecían flamear pendones multicolores anunciando jubilosos la ocasión,

mientras cantarines cursos de agua se perdían juguetones en la penumbra umbría de la floresta que orlaba su pie...Todo ello metamorfoseado en los tonos fantasmales del infrarrojo. Y en el remoto confín se percibía un suave parpadear de luces y sonidos que contribuían al realismo de la escena...

Pero, ¡un momento! Algo andaba mal... No toda la escena formaba parte de la programación original. De hecho era claro ahora que dos sistemas de imágenes chocaban en el firmamento dirimiendo superioridades. La audiencia vaciló, nerviosa, y su inquietud se propagó con instantánea virulencia. En el cielo se desarrollaba una violenta batalla de ribetes teatrales. Súbitamente, la escena original se vio cruelmente intervenida. Las tenues luces de fondo eran ahora espadas que cortaban, por igual, almenas y torreones desintegrando su otrora sólida presencia. Y aparecieron en el cielo extrañas floraciones fungiformes enceguedoras, de insoportable luminosidad; irrealidades reales ocurriendo en algún otro apartado lugar del mundo verdadero donde la caja de Pandora había finalmente saltado sus herrumbrosos goznes.

Y parecía que, en medio de aquella épica batalla, una sedosa risa flotaba burlona en el ígneo ambiente, presagiando un inminente holocausto.

"¡Morgana!" exclamó el inventor elevando sus brazos al cielo como si quisiera acaparar sus hechiceras atenciones en un único abrazo.

Luego, todo se desarrolló con inconcebible rapidez. El primero en volatilizarse fue el inventor, tornado en una fina e instantánea capa de cenizas. Microsegundos mas tarde siguieron los espectadores sin miramientos de ninguna clase, sin siquiera una procesión de ayes que los anteciediera como lo exigen supuestamente las convenciones. El mundo se deshizo delicadamente, como una urdimbre de policromáticos vapores asediada por una brisa repentina.

EPILOGO

El beso apocalíptico del hada Morgana llegó de pronto, cálido y frío, como un abrasador viento del desierto, galopando salvaje sobre los altos ventisqueros de las desolaciones polares. Y derrumbó a su paso por igual (¡a su inclemente paso!), sueños del hombre y obras de la naturaleza con desdeñosa indiferencia, con absoluta irreverencia.

Y una vez más prevaleció la calma. Eterna ahora... e inmutable...

EL TERCER CHISTE

Hace muchos años ese gran escritor de lo fantástico que se llamó Lord Dunsany nos regaló con un original relato titulado "Los Tres Chistes Infernales", donde defiende la hipótesis de que escuchar al diablo es mal negocio... El siguiente relato especula lo que ocurrió a partir del tercer chiste, aquel que nunca debió ser revelado...

El Creativo no estaba, ciertamente, en su mejor momento. La alerta e implacable competencia había cercenado el éxito de su nueva campaña publicitaria, al introducir un recurso que daba al traste con las nacientes expectativas, planificadas con meticulosa precisión desde hacía varios meses. Por otra parte su mejor colaboradora lo había desertado 'impromptu' tentada por el oro extranjero y, por si fuera poco, había tenido el más terrible altercado con el jefe de la empresa de la cual dependía. ¡Como para tomar vacaciones!

Hervía en una sorda ira. Había sido humillado, vejado, por un imbécil cuya única virtud era la de financiar su existencia. Y los daños a su auto-estima eran

irremediables. Había salido de la reunión con la paranoica noción de que el público despreciaba su talento, al atribuirle una patética incapacidad para sorprenderlo, para hacerle conocer algo nuevo. ¡Peor insulto, en su oficio, no podía haberlo!

Este Creativo era un hombre rencoroso, capaz de las mas bajas e irresponsables acciones si se consideraba ofendido. Y quería venganza a toda costa. Contra su empleador, contra el público inconsecuente y veleidoso de la cadena de radio y televisión a la cual servía.

En este estado de ánimo, es de imaginar que no evidenció particular agrado cuando su secretaria le anunció, no sin cierto temor, la presencia de una dama que requería hablar con él.

Arrebujándose en los harapos de su ofendida dignidad, el Creativo decidió darle una oportunidad, ¡ Quien sabe si después del chaparrón que estaba atravesando no aparecería súbitamente la sonrisa del sol, en la forma de un nuevo romance con una bella desconocida !. Y mentalmente la cubrió con productos de belleza de sólido prestigio, que la hacían tanto más atractiva...

La dura realidad vino nuevamente a recordarle su frágil condición actual. La desconocida era pequeña y desgarbada. lucía un ridículo sombrero con flores 'de mode' y su cuerpo, indiscernible, era cubierto por una bata de color indefinido que le llegaba a los pies.

"Otra loca existencialista," pensó para sus adentros, "en cualquier momento comenzará a hablar de pájaros y flores y me endilgará una revista bajo contribución económica 'a criterio'".

"¿En que puedo servirla?... Le ruego ser breve. Estoy ahogado en trabajo" (esto habría de disuadirla!).

Otra vez estaba equivocado.

"Se trata de mi hermano, dijo la dama sonrojándose. Desapareció hace algunos meses para no regresar. Pero antes de irse me entregó esto". Y colocó una pequeña cinta de grabación de sonido sobre el escritorio del infortunado creativo.

"¿De que se trata ?" preguntó éste resignadamente.

"¿Ha oído usted hablar de la leyenda de los tres chistes infernales?" contraatacó la frágil dama. Y acto seguido, un poco rudamente para la maltrecha cultura del Creativo, explicó con gran solvencia:

"Un hombre que no había sido bendecido con el don de contar chistes, recibió del demonio tres chistes infernales que, supuestamente lo harían extraordinariamente popular. Los dos primeros chistes hicieron que su auditorio muriera de risa, en el sentido estricto de la palabra, por cuanto no podían dejar de lanzar carcajadas. Abrumado por el peso de con tal maldición, el hombre deambuló, de pueblo en pueblo, atesorando, pero sin atreverse a contar, el último de los chistes infernales...".

"Interesante como tema, pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo?". Se hallaba algo molesto ya por el tiempo perdido y peligrosamente cerca de vulnerar su ya de por sí precaria situación".

"Es que ante usted tiene ahora el último chiste infernal". Y abriendo un arrugado sobre extrajo de él un pliego que

tendió al Creativo. Este pudo leer en los trazos inciertos del breve mensaje:

"Querida hermana:

Debo desaparecer por una larga temporada. Creo que viajaré a algún polo, desierto o tundra donde pueda gritar a mi antojo el contenido del último chiste sin peligro para mi salvación. Te dejo copia del mismo en la cinta adjunta, por si -Dios no lo quiera- amerites de alguna prueba que me absuelva de mis involuntarios crímenes. Pero, si llegase el momento de que la necesidad te obligare a ello, Annie, siéntete libre de negociarlo, con la condición de que el nuevo dueño esté perfectamente enterado de los riesgos que el mismo encierra par él y para los demás..

Te recuerda

Eddie"

El instinto del Creativo no requería de más información para presentir un buen negocio. Aquella dama estaba contra la pared. Su rostro reflejaba los estragos del hambre. ¡ Y los potenciales publicitarios!...Cierto o no aquello constituiría una dulce venganza contra su ingrato público y su estúpido patrón. Apelando a lo más bajo de

su de por sí, vil naturaleza negoció a precio ínfimo la cinta...

En las subsiguientes semanas, la campaña publicitaria se armó sigilosamente, reventando en el mercado con extraordinario éxito. Por una vez en la vida la competencia no tuvo nada mejor que ofrecer. Y el patrón mascó su tabaco con anticipada satisfacción. "¡ALERTA! ¡CHISTE INFERNAL! -decían los simples e impactantes anuncios- "¡ESTA PUEDE SER SU ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA REIR!"

La bien orquestada campaña no escatimó gastos a ningún nivel. Cine, Radio y Televisión gritaban continuamente el desafío al incauto público. En honor a la verdad, también le advertían sobre el riesgo que corrían pero era como acercar fuego a un reseco pastizal. El público, siempre ávido de nuevas emociones aceptó gustosamente el reto. Nadie quería permanecer al margen de esta experiencia, riesgo o no riesgo. Algunos críticos maliciosos, que nunca faltan, enfilaban desde ya sus baterías para deshacer al infortunado creativo y enterrarlo profesionalmente de una buena vez por todas.

A medida que la fecha límite se acercaba, el Creativo, extraordinario cocinero de publicidad, ordenó reproducir pequeñas partes del chiste (que ,por supuesto, nadie había oído completo) como parte de una muy pegajosa cuña, en el ánimo de aumentar al máximo el diapasón de la expectativa creada.

Y al fin llegó el gran día. El país en pleno estaba en la punta de sus asientos. No excluidos los conductores que habían revisado previsivamente sus radios con anterioridad. Contagiados por el entusiasmo (y las perspectivas de un 'rating' sin límites), patrocinantes en otros países habían adquirido los derechos de retransmisión a precios astronómicos.

Altavoces estratégicamente colocados o transportados por camiones circulantes completaban el cuadro. Un ingenioso publicista presentaba una ayuda televisiva especial para los sordos. Hasta la competencia, vencida en noble justa, se unió al millonario grupo de anhelantes espectadores.

Lo que sucedió ese día residiría para siempre en los capítulos más ignominiosos de la Historia, si hubiera Historia que relatar... o cronistas para reseñarla.

A la hora en punto y tras un vuelo de fanfarrias, con la mayor seriedad ceremonial, la cinta fue introducida y activada en un poderoso equipo de sonido en la planta televisiva. Millones escuchaban conteniendo la respiración...

El chiste en sí sólo duró escasos quince segundos.

El Mal invadió la confiada humanidad a través de los medios...

Hubo una pausa....

El mundo estalló en carcajadas. Poderosas, escuálidas, histéricas, disneicas, pero todas ellas irreprimibles. La gente no podía dejar de reír... Al menos mientras estaba viva. Se convulsionaba, se revolcaba en los pisos y las calles atacada por oleadas tras oleadas de convulsiones cada vez más poderosas. Sólo en la gran estación central, donde había sido instalada previsivamente una pantalla

gigante, los muertos se contaban por miles. Y ni que hablar de plazas públicas y jardines. Y no se crea que el único efecto devastador fue esto. En los barrios de menores recursos, donde familias numerosas se apretaban en compactos apartamentos para mejor compartir el evento, los edificios, bajo el tremor ocasionado por centenares de carcajadas al unísono, reventaban literalmente hasta quedar virtualmente inservibles. Los animales domésticos aturridos por la batahola huían enloquecidos en todas direcciones. Clínicas, fábricas, puestos de seguridad de todo tipo quedaron al garete. En autopistas y calles los choques y las colas resultantes fueron apoteósicas. La excesiva automatización de la época mostró, descarnada, su talón de Aquiles. Al perder la supervisión humana, todo el inmenso conglomerado de servicios de las ciudades inició su fatal descomposición. El limitado número de sobrevivientes no era ni remotamente suficiente para copar los mega-monstruos urbanos, totalmente fuera de control. Después de un breve y frustrante intento, huyeron despavoridos hacia la provincia donde seguramente encontrarían también el drama pero en escala factible de aprehender. También las instituciones del orden público quedaron desmanteladas. Ni policía ni

ejercito contaban con fuerzas suficientes para garantizar el control del Estado. De la noche a la mañana la civilización se derrumbó, sus servicios escleróticos, sus comunicaciones destripadas, sus líneas de suministro desintegradas. Y en las pequeñas ciudades, una vez restañadas lentamente las profundas heridas del cisma, comenzó luego el lento y penoso proceso de recuperación de una civilización conducido con admirable solidaridad humana.

Nadie pudo retransmitir nunca el último chiste infernal...Nadie sobrevivió para recordar como terminó.

Ni el mismo demonio se enorgullece de lo acontecido.

LA DIOSA ALTA DE LA COLINA ESBELTA

Pobre Diosa Alta! Venerada en un momento y vilipendiada en el próximo, majestuosa e imponente Diosa de la Colina Esbelta... Y no obstante, tan humana, tan bondadosa... Cómo lloramos tantas veces lo que no supimos apreciar a tiempo! La historia de la Diosa Alta es mudo testimonio...

La Diosa Alta se erguía en el tope de la colina desde tiempo inmemorial. Los pobladores no podían imaginar su diaria actividad sin la presencia de la Diosa. De ella dependían la fertilidad de las cosechas y la ausencia de la plaga, la fresca brisa y la manigua umbría.

Tampoco los más viejos pobladores podían justificar la aparición inicial de la Diosa. Ni siquiera la celosamente guardada tradición oral, que se extendía a través de los siglos, aportaba un ápice de evidencia del cual partir para averiguar su origen. Pareciera que siempre estuvo allí, desde el comienzo de los siglos... Y era imposible imaginar al artista que le dió vida. Si es que lo hubo....

La Diosa era alta, imponente. Una extraña formación basáltica de pliegos que remataba en un dulce rostro de bellas proporciones y que podía ser vista, sin dificultad, desde cualquier lugar del glauco valle sobre el cual se erguía. Su nombre reposaba en el arcano del pasado inmemorial.

También la colina que la sustentaba era extraña. No podía ser calificada con otro mote que "esbelta", ascendiendo hacia la Diosa en suaves aproximaciones, como queriendo protegerla de todo mal terrenal.

Cuando los verdes campos se llenaban de rubias espigas y los arroyos de los manantiales elevaban su cantarina voz para rendir elogio a la primavera, la Diosa los contemplaba serenamente, desde su atalaya, allá arriba en la esbelta colina que la sustentaba. Entonces los moradores del pueblo sonreían felices de estar vivos y, contemplando la majestuosa Diosa a la distancia, se deshacían en elogios hacia ella por lo afortunados que eran de contar con su benevolencia y con su protección.

Todo el mundo quería a la Diosa. Era un punto de referencia obligado que se contemplaba desde cualquier

lugar del ancho valle. Y las mañanas la encontraban circundada de flores, donde la pureza de los lirios del río se entremezclaban con la lujuria tropical de bellas orquídeas de la selva umbría, que resaltaban en ella como surgidas de la paleta de un pintor.

Y cuando los infatigables turistas, aguijoneados por el demonio de la publicidad, comenzaron a invadir aquella remota región de la isla, en el interior del albo volcán del lago sagrado, la Diosa, impasible y majestuosa, era el blanco obligado de todos los disparadores de cámaras fotográficas. Turistas boquiabiertos la contemplaban mientras sus hijos correteaban en su base intentando vanamente -pero no por ello de modo menos entusiasta- trepar hasta su regazo. Ella los contemplaba serenamente, como una madre indulgente observa las travesuras de sus pequeños hijos.

Pero toda dicha humana tarde o temprano alcanza su final. Ello está escrito, como muchas otras verdades, en el gran libro de la naturaleza...

Y así llegó un día la época de las vacas flacas. El vasto valle perdió su lozanía, asaltado sin misericordia por

oleadas de voraces langostas y los cultivos dejaron de producir y los rosarios de lamentaciones sucedieron a las risas. Ahora la Diosa era tratada con severidad, vilipendiada, achacándole sus egoístas súbditos todo el malestar imperante, todos los agobiantes problemas que la comunidad estaba atravesando.

Ya no hubo altares perfumados, ni hermosas flores, ni miradas felices, ni frases lisonjeras. La Diosa tenía que irse. Era de mal augurio. ¡Había que desterrarla, cuanto antes mejor!

El día que las brigadas de excavación llegaron al pie de la colina para desincorporar a la Diosa sucedieron cosas extrañas. La Diosa no quería moverse!. Obviamente estaba tan profundamente arraigada y desde hace tantos años que parecía formar parte monolítica de la inmensa roca sobre la cual reposaba. Y no fue posible hacerlo en los días subsiguientes a pesar de que las crecientes cargas de dinamita que enloquecían con su ruido y nubes de polvo a los pobladores. Ataques con ácido y sopletes no le causaron la más mínima mella. Ella permanecía solemne, impávida ante los fútiles esfuerzos de sus detractores. ¡Hasta un helicóptero traído desde una lejana base perdió

parte de su fuselaje sin poder levantarla siquiera una fracción de pulgada!

Y llegó la estación de las lluvias y la comarca se vio invadida por mantos de agua que ahogaban al ganado. Y las cosechas se pudrían en los graneros y el hambre acicateó como nunca antes a los infelices aldeanos. Y en ese trágico momento, en esa hora aciaga en que la humildad oculta en el corazón del hombre lo acerca a la naturaleza, la Diosa encontró de nuevo el camino al corazón del pueblo. Y el fervor y la convicción regresó con fuerza y la gente lucía optimista en medio de tantos sinsabores.

Y sucedió que, de pronto, cesaron las lluvias, y salió el sol, y en la pureza del azul del cielo volaron las aves que regresaban raudas a su lugar de origen. Y se reanudó la vida, y los potreros y los graneros desbordaban de abundancia, y en los campos restallaba una vez más el oro de las espigas. Y la vida fue de nuevo alegría sin par, celebrada con cantos y grandes festejos.

Un día, poco tiempo después de lo aquí narrado, la Diosa Alta desapareció. El bardo que cantó a sus pies la noche

anterior asegura ahora haber visto una lagrima diamantina rodar por sus pétreas mejillas.

Y aunque no quedó rastro de su pasada existencia, su presencia ausente pesaba en el valle como un mudo reproche que acongojaba el espíritu.

Pero ¿cómo hacer regresar lo que nunca tuvo origen?...

Hay quien dice que en la noches claras, bajo la luna llena, si se escucha con atención, hacia el despuntar del amanecer - cuando todo duerme-, un largo y prolongado lamento estremece al valle. Y su naturaleza es tal que ninguno que lo ha experimentado regresa jamás al ejercicio completo de sus sentidos.

Ya no existe la Diosa Alta en la colina esbelta. Pero los viejos moradores no pierden la esperanza de que algún día ella regresará cuando sean reparadas las terribles ofensas que la indujeron a desaparecer. Y las flores multicolores, sobre el lugar de peregrinación de lo que fue su hogar, nunca han vuelto a faltar...

EL RESCATE

¿Como debe morir un inmortal, un prócer, un héroe?... ¿Con una bala fugaz segando su vida en el campo de batalla, enarbolando bandera y en plena juventud? ¿O cargado de años y amargos recuerdos en la soledad de una mazmorra? Pero veremos aquí que hay otras opciones imprevistas...

El hombre del cabello cano yacía reclinado sobre el duro catre. Cualquier otra persona hubiera reflejado, en esa postura, resignación ante el cautiverio. Pero no él: A pesar de lo modesto de sus vestimentas, todo su ser irradiaba gallarda majestad. A pesar de su avanzada edad y de los surcos que el sufrimiento había dejado en su rostro, bajo sus negras cejas fulguraban encendidos rayos que emanaban de sus ojos. A pesar de su aislamiento, que lo rodeaba como una mortaja prematura habitaba en él ,incólume, el espíritu rebelde de la sagrada Libertad...

Y mientras su cuerpo languidecía, restringido al reducido ámbito de su prisión, su alma escapaba, a través de los barrotes, hacia los lejanos campos que desde allí vislumbraba, hacia los mares aledaños, el cielo azul, la

tierna brisa y el fulgurante sol y más allá, combatiendo la agorera añoranza del cautivo, con la exhilarante sensación de una perenne comunión universal.

Cerró la tarde y cayó la noche misericordiosa. El solitario prisionero de la torre alta en la umbría fortaleza cenó con sobriedad, casi distraídamente. Un ser, en apariencia, resignado a su destino. Pero en su mente bullía una inextinguible rebelión. Mil pensamientos se encadenaban interminablemente, en un tropel sinéctico de percepciones. Cuando llegaría la emoción del sagaz escape ? Cuando el regreso a la amada patria con renovados bríos y la sapiencia producto del prolongado encierro ? Que hacían los promotores de su ansiada libertad?. Por qué no recibía la palabra final ?

Otro hombre con menos templanza, con menos idealismo se hallaría sumido en la mas abyecta desesperación. Porque, en el fondo, sabía que todos los caminos estaban cerrados para él. Que la corona lo vigilaba estrechamente, sabedora de su importancia para la Causa y que sus carceleros, con todo y la profunda admiración y reverencia que le dispensaban pondrían su cabeza en la picota ante el más mínimo desliz.

Y llegó la hora del conticinio. En el silencio de una noche oscura, sin luna que deslizaba jugueteando sus dedos de oro entre las barras de su ventana para yacer a sus pies, el prisionero se deleitaba en el bálsamo de la soledad.

Iniciaba un nuevo tren de meditaciones cuando sintió la Presencia.

Primero fue un levísimo cambio en la luminosidad del ambiente reduciendo la importancia única- hasta ese momento- del candil. Con los reflejos agudizados por la larga espera, miró a su alrededor para detectar el origen de la perturbación.

Entonces lo vió. En el rincón más oscuro del cuarto algo estaba cobrando forma ! Una forma, inicialmente tenue, en apariencia humana, que se materializaba con rapidez..

A pesar de su valor a toda prueba el prisionero se santiguó, llevado por un atávico instinto de conservación...

El nocturnal visitante se irguió en la penumbra del cuarto. Su imagen retenía aún una indefinible cualidad, como si en cualquier momento pudiera transparentarse nuevamente. Era alto, sin barba y cubierto por una especie de túnica de curiosa textura, de líquida y elegante forma que fluía sobre sus hombros, hasta las rodillas. Su mirada, enmarcada en una amplia frente, evidenciaba inteligencia y sensibilidad. En sus manos portaba un extraño artefacto cuyos botones manipulaba con evidente experiencia. Pronto, comenzó a surgir el inicio de un diálogo, algo más alto que un susurro, en una entonación extrañamente ausente de identificadores de procedencia.

"Saludos ! -espetó el recién llegado- venimos a vos a través del tiempo y el espacio en una larga y azarosa jornada. No temáis".

"A fe mía que tenéis extraños modos de cumplir visita...", reimpostó el hombre del cabello cano, algo más repuesto de su sorpresa inicial, Pero si venís a ayudarme, de donde quiera que fuese, y quienquiera que seáis: ¡sed bienvenidos!

"Me tranquilizáis, Usía, pensábamos que pudiérais reaccionar adversamente, con el sobresalto que esta extraña aparición debe inspiraros".

"No tal, no tal. Vuestra merced tal vez ignore que escapé de la sangrienta guillotina, por un pelo, en más de una ocasión y que he mirado a la muerte desde hace años como a una vieja amiga.

"No ha sido mi intención menospreciaros. Sabemos mucho acerca de vos. Y venimos a ofreceros una opción de escape como nunca la habríais soñado..... Pero como en todo, hay un precio que pagar".

"Pardiez que me intrigáis... No logro ubicar vuestra procedencia. Ciertamente ni rusos, ni alemanes ni aliados de la Inglaterra".

"Es una larga historia, pero en aras de vuestra precaria situación procuraré ser lo mas sucinto posible... Habéis de saber que muchos años en el futuro hemos constituido una agrupación que añora los tiempos idos donde el clarín de las batallas, y la fiereza de la emancipación se conjugaban con nobles sentimientos,

con espíritus sublimes y soñadores que anteponían la felicidad de sus semejantes a la suya propia, que se inmolaban gustosamente en aras de la grandeza de la patria.

"El siglo en el cual vivimos refleja avances innegables en tecnología (máquinas al servicio del hombre) y salud, en educación y cultura, en comodidad y esparcimiento pero, a cambio, carece de algo vital. Un ingrediente perdido inadvertidamente en el correr de las edades. Un sagrado fuego que se extinguió en las antorchas que lo transportaban en el tiempo. Añoramos aquel tiempo de gigantes, de héroes, de nobles soñadores y osados peregrinos, de clarines del alma y fragores de luchas por justas causas. Sin ideales, sin nuevas fronteras que alcanzar, nuestro final como raza está cercano.

El prisionero callaba. Sus vivos ojos no perdían detalle de su interlocutor. Observaba atentamente su exposición, y como buen conocedor de almas detectaba una autenticidad de contenido que lo identificaba progresivamente con el aún oculto propósito.

"Y es así como preocupados por el decline inexorable de nuestra civilización decidimos, hace cierto tiempo plantear una revolucionaria idea, la única que puede liberarnos de este terrible yugo...."

"Disponemos de la tecnología para crear un mundo paralelo habitado por los grandes hombres del pasado: Filósofos y pensadores, guerreros y poetas, visionarios, idealistas... Por sobre todo, conductores de sociedades, osados guías que contemplen desde su alta atalaya las maravillas hacia las cuales podemos dirigirnos, e indiquen el camino...".

"Una especie de nuevo Olimpo, queréis decir?" interrumpió el hombre del cabello cano. "La idea me atrae. Aún cuando habría mucho que organizar, que acordar... Empero, habéis hablado de un precio, y aún no llegáis a eso....".

"Perdonad. A eso vamos. Con todo su pasmoso desarrollo, la tecnología que nos permite salvar el abismo del espacio-tiempo y llegar hasta vos, no permite en cambio que regreséis con nosotros. Al menos en vuestra forma actual. Debe, por una parte, almacenarse vuestra vitalidad

en forma compactada y, por otra, producirse una imagen corpórea acondicionada convenientemente para salvar el abismo. Una vez allá reintegraremos en un todo vuestro ser.”

"Queréis decir entonces que tendré que dejar aquí esta gastada envoltura terrenal?", adelantó el prisionero cavilante.

"Así es exactamente, Usía. Y mientras más rápido os decidáis, mayores serán las probabilidades de éxito de esta misión..."

Fue tan solo un instante de duda. Por su mente pasó en un segundo la memoria de interminables días y noches de cautiverio, de atroz sufrimiento por la libertad perdida. Y mas atrás, arduas batallas y bohemias noches, escapes, peligros, pasiones, cortesanas intrigas y bellas damiselas. Su familia...

La decisión estaba tomada. Recordó las palabras de otro inmortal, que seguramente lo estaría esperando: "*El hombre valeroso desprecia el porvenir*". Y cuántos héroes a

reencontrar... No todos gratos, tal vez. Pero usualmente interesantes...

"Vamos ! Procedamos de una vez...".

Toda la alta noche duró el trasvase de energía. Con los primeros cantos de los lejanos gallos, el nuevo cuerpo de oscura y vigorosa cabellera se irguió sonriente, desafiante. En contraste con aquel despojo de apagadas pupilas que parecía haber envejecido años y que lo contemplaba casi con orgullo desde su asiento.

Un breve contacto visual fue la despedida. Los dos viajeros se esfumaron sin una palabra. La soledad prevaleció de nuevo.

Rayaba el alba. Los lejanos cantos de los madrugadores gallos, le llegaban sobre los tejados anunciando un día mas de prisión a los demacrados huéspedes de la fortaleza.

Se había consumado. La huída perfecta... ...burlando todas las medidas de seguridad....

El hombre de la cabeza cana arrastró su cansado cuerpo al catre que lo esperaba acogedor. La historia actual terminaba para él... y comenzaba, en un futuro insospechado.

Cerró los ojos. Satisfecho, inició la segunda e inexorable fuga.

VIAJERO EN LA LLUVIA

Aquel viajero deambulando en un mar de inagotable lluvia nos recuerda lo que muchas veces deseamos experimentar desde el cómodo y seco refugio de nuestras viviendas, cuando afuera ruge el temporal y el mundo se diluye en borrosas imágenes y agua que baja a raudales allá abajo en las calles...

En la madrugada, la lluvia arreció. La tierra saturada por el minúsculo pero incesante bombardeo de partículas de agua a que había estado sometida en las últimas horas se cansó de jugar a la esponja y se resignó finalmente a ser cubierta por aquel infinito manto de gotas que se desplomaba majestuosamente desde las alturas, en interminables ráfagas.

Los animales, presintiendo una situación excepcional, preñada de peligros, habían ya huido en tropel hacia las lejanas estribaciones que circundaban la llanura, refugiándose bajo los frondosos arboles allí existentes, que resistían gallardamente el embate del viento tempestuoso, concediéndole tan solo la dignificada reverencia de sus altas copas.

El viajero no se preocupaba demasiado. Cierto que añoraba las delicias de una fuerte taza de humeante café negro y luego, el echarse sin prisas a dormir en su alta y protegida hamaca donde arrebujado entre frazadas podía escuchar a la lluvia desgranar los secretos de la soledad entre arrullos y murmuraciones. Sin embargo, no temía a la intemperie ni a las manifestaciones de la naturaleza porque se había criado en ese reino salvaje y creía conocerlo bien.

Transcurrió el tiempo. La lluvia lejos de amainar incrementó su tamborilear hasta tornarse en un ensordecedor acompañamiento del alarido de rayos que se acercaban cada vez más. El viajero, enchumbado hasta los huesos, a pesar de su tupida vestimenta, chapoteaba ahora sin rumbo, siguiendo únicamente su instinto, aguzado por las vicisitudes de una existencia peregrina.

El suelo de la llanura se había convertido en un lodazal, donde millares de riachuelos se hermanaban ahora integrando un cada vez mas tumultuoso movimiento. El aire, casi líquido, era, a duras penas respirable. Tambaleándose bajo el castigo inclemente de la lluvia el viajero proseguía su camino, cegado por los latigazos que

le azotaban el rostro continuamente y aturdido por el escándalo de la naturaleza desatada.

De pronto pudo, más que percibir, intuir, a la luz de un relámpago deslumbrador las cercanas insinuaciones de un desnivel que sugerían una situación menos comprometida que la que estaba viviendo. Haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, venciendo la corriente caudalosa que se negaba a dejarlo ir, escaló varios metros y cayó rendido sobre una rocosa plataforma que se proyectaba sobre las embravecidas aguas. Abajo, el agua bramaba arrastrando furiosa grandes ramas de árboles y residuos vegetales de todo tipo.

Permaneció inmóvil por un tiempo. Luego, siempre fustigado por la lluvia inclemente, levantó la cabeza y protegiéndose los ojos con el ensopado borde de su sombrero miró a su alrededor. Entonces, a la luz de los relámpagos que se sucedían ahora casi continuamente, se dio cuenta de que se hallaba sobre una estrecha y rocosa cornisa, coronada por altas rocas, que se elevaba sobre las aguas lo suficiente para no ofrecer peligro a la corriente que rugía a sus pies.

Un examen más detallado le permitió distinguir una oquedad que se abría a sus espaldas y, sin pensarlo mucho se arrastro hacia ella. Pronto se dio cuenta de que había hecho un hallazgo afortunado: se había detenido en la boca de una gruta que se perdía en la roca en la cual estaba enclavada.

Guarecido parcialmente de la lluvia, el viajero hurgó en las profundidades de sus bolsillos hasta finalmente hallar lo que buscaba: un yesquero, sobreviviente milagroso de este desastre que casi había concluido su existencia. Después de varios chasquidos infructuosos, la llama vigorosa centelleó alegremente iluminando resquicios y recovecos y , a su luz, pudo darse cuenta de que ante él se extendía una vasta antesala en cuyo umbral estaba parado y donde salpicaba apenas la lluvia. Mas allá y en un nivel ligeramente mas elevado se abría otra cámara, más resguardada y promisoría y hacia ella se dirigió con pasos inseguros.

En aquella improvisada alcoba, seca y acogedora, el viajero se derrumbó sobre el grueso lecho de musgo que cubría el piso y , arrojando sus ropas empapadas a un rincón, se sumió de inmediato en un profundo y

reparador sueño, desapareciendo por decirlo así en el suave colchón natural que lo rodeaba, mientras afuera la tempestad aullaba y rugía desafiante....

Debieron haber transcurrido muchas horas cuando, lentamente, abrió de nuevo los ojos. Levantando con algún esfuerzo la cabeza escrutó el exterior. La noche había sellado la boca de la gruta con un velo impenetrable; ya no se oían los gritos de los truenos pero seguía lloviendo sin parar. El viajero meditó por vez primera sobre su situación . Se hallaba totalmente seco y el frío que sintiera con anterioridad también había desaparecido. Pero sólo para ceder paso a un apetito voraz: ¡ Qué no hubiera dado por un hirviente plato de caldo y un buen trozo de carne ! Por el momento, no había nada que hacer sino esperar el amanecer. Hecha tal reflexión se tumbó de nuevo en el muelle lecho y no tardó mucho en conciliar de nuevo el sueño, arrullado por la salvaje serenata que le deparaba el destino....

La luz de la mañana besaba con entusiasmo la entrada de la gruta cuando despertó por segunda vez. La lluvia había cesado y el único sonido que llegaba a sus oídos era el murmullo de las aguas que lamían el pie de la cornisa. Bostezando, se acercó a la boca de la gruta y miró fuera.

Hasta donde la vista alcanzaba la llanura había sido reemplazada por un mar de agua cobriza de la cual sobresalían aquí y allá troncos de todo tamaño en las mas disímiles direcciones. Ningún rastro de vida animal interrumpía la serenidad de la escena. Arriba en el cielo, a considerable distancia aún, grandes bancos de negras nubes se arrebujaban augurando una nueva embestida de las lluvias. Se sintió Robinson, en aquel minúsculo enclave donde el azar lo había depositado sin miramientos...

Pero, el tiempo apremiaba. Debía hacer previsiones si aspiraba a sobrevivir a futuros embates de la tormenta que no evidenciaba signo alguno de claudicación. Y el hambre lo acicateaba cada vez más...

Antes que todo, decidió hacer un rápido inventario de lo que le era accesible en el exterior de su refugio.

Extendiendo su ropa y sombrero a secar bajo el ahora reverberante sol, salió al exterior y circundó el nuevo islote sobre el que se había posado. Así, estimó que un área no mucho mayor de unos quinientos metros cuadrados se levantaba sobre el agua circundante. De esto, una tercera parte estaba constituido por roca donde se erguía, imponente, el farallón de piedra caliza que alojaba la gruta. El resto del terreno se hallaba virtualmente cubierto por una densa vegetación rastrera mientras que, hacia el extremo más lejano, se agrupaban , temerosos, algunos arbolitos cubiertos de pequeños frutos en distintos grados de madurez. Un análisis más detallado del sitio le deparó dos grandes satisfacciones : parte del piso rocoso, muy cerca del sitio donde había trepado durante la tormenta, se deprimía, formando una vasta concavidad natural en forma de copa . Como resultado de la lluvia caída, la copa estaba llena hasta los bordes de agua cristalina. Calculó que, debidamente protegida , debía abastecerlo durante varias semanas.

La otra sorpresa fue descubrir bajo un amplio reborde del farallón que le había deparado providencial abrigo, una generosa cantidad de setas que proliferaban en este habitat, aparentemente ideal para su desarrollo. Su

experimentado ojo le dijo de inmediato que se trataba de una variedad comestible de exquisito sabor.

¡¡ Bueno !! pensó el viajero, el riesgo de morir de hambre o sed se aleja un poco, aunque las perspectivas que promete esta dieta de setas y bayas son dignas del mejor ermitaño... En fin, creo que será suficiente por el momento, al menos hasta que las aguas descendan y pueda reanudar mi viaje.

Un bronco tremor lo sacó de sus cavilaciones: en lontananza, la tempestad rugía de nuevo anunciando su regreso. Rápidamente, acumuló algunas docenas de setas y las llevó conjuntamente con su ropa, ahora seca, al interior de la cueva. Luego volvió a salir y caminando hasta los pequeños arboles los sacudió con fuerza llenando el suelo de pequeños frutos que probaron ser jobos o algo muy similar. Recogiendo en su sombrero todo lo que en él cupo y también un número de ramas secas corrió de regreso a la cueva, cuando las primeras gotas recomenzaban a tamborilear sobre su cabeza.....

En pocos momentos, guarecido en su elevado alcázar cenaba frugalmente ante el alegre chisporrotear de una pequeña hoguera.

Y otra vez, la majestad estadística del diluvio universal descendió sobre el valle, borrando inclemente al mundo exterior y a los rayos del sol y a los sonidos de la llanura. Y todo fue, para el viajero, mullido refugio, y sempiterna penumbra y repiquetear furioso de incontables ejércitos de fieras gotas y gorgotear del agua enloquecida corriendo entre los peñascales...

Con un suspiro de resignación, el cibernauta apagó la pantalla tridimensional en la cual había estado inmerso desde tempranas horas de la mañana. Con profunda nostalgia observó como se esfumaban lluvias torrenciales, pantanosos montes y cañadas, intrépido viajero y gruta protectora...

Terminaba la diversión y comenzaba la obligación. Todas las maravillas de la Realidad Virtual no eran suficientes (¿aún?) para reemplazar la necesidad del sustento diario.

Mañana serán tigres, pensó, o tal vez un gigantesco oso disputando fieramente con el viajero la posesión de la caverna... O -con toque de elegante osadía- legionarios romanos... ¿Quién sabe?

Acercó con dificultad su versátil silla de ruedas al rincón donde guardaba los borradores estadísticos que debía presentar en pocas horas, debidamente computarizados. El trabajo a distancia y una mente abierta habían permitido que personas como él pudieran subsistir en un mundo de feroz competencia. ¡ Bendita época!

Se recogió sobre sí mismo. Su escuálido cuerpo pareció vitalizarse ante la inminencia del compromiso y en sus mejillas persistió por un instante algo del fuego de juventud perdida. Luego, inclinó la cabeza y se perdió en los profundos vericuetos de su nueva tarea...

EL CONDENADO

¿Merece la chatarra compasión? Tal vez si lo merecerá en un futuro, sobre todo si se trata de chatarra "inteligente". Al fin y al cabo no es de extrañar porque: ¿acaso no profesamos muchas veces, aún hoy, un afecto especial por nuestros automóviles y otros objetos de nuestra pertenencia?

Algún día confrontaremos crisis éticas y morales como las que se intenta bosquejar en la presente historia.

Yacía inmóvil en el estrecho recinto que habitaba. Insensible al frío de la noche y a la dureza del piso sobre el cual descansaba. Porque el conflicto que lo aguijoneaba cruelmente era interno. Por su mente cruzaban profundos nubarrones de melancolía, irreprimibles impulsos de añoranza, de situaciones idas, de vivencias esfumadas, desgastadas en el largo recorrer del tiempo.

Había sido una larga y azarosa vida, emocionante y peregrina. De las profundidades irrespirables de las minas de bauxita en territorio alienígena a los rápidos

hirvientes de los ríos de lava en los planetas de la frontera, a la instantánea inseguridad del mundo violento y entrópico de los asteroides. ¡Cuántos peligros, cuanta prodigiosa dilatación de un efímero tiempo de vida! Nobleza y heroísmo y trabajo en equipo conformaban la quintaesencia de sus recuerdos...

Sufría intensamente, calladamente. Cada recuerdo era como una cuchillada de negro fuego que hería la médula de su sensibilidad. Y la certidumbre de la indiferencia colectiva ante su caso lo llenaba de una sorda ira hacia los que ahora lo descartaban, negándole el derecho de permanecer, como entidad, en el mundo de los vivos.

En la penumbra húmeda y lóbrega que lo envolvía el sonido periódico e inclemente de las gotas al caer, una tras otra, en lapsos de eternidad, le recordaban -sin piedad alguna- que aún estaba allí, que el fin no había llegado...

Lo atormentaba un sentimiento de culpa, exacerbado por la extensa publicidad que generó su caso. Se repetía a sí mismo con obsesiva insistencia que la muerte accidental de aquel obrero no había sido el fruto de un desgaste en

su organismo, producido por el paso de los años, que lo incapacitaba para seguir operando dentro de una sociedad obsesionada por la eficiencia y la seguridad, donde los yerros no tenían cabida.

Habíanse agotado todas las posibilidades de supervivencia. Hasta cierto punto, en medio de la profunda depresión en que se hallaba sumido, esto lo reconfortaba. La libertad solicitada al Gobernador de la Región había sido ignorada totalmente. El fallo era categórico y, a estas alturas, los argumentos para su revisión resultaban insignificantes, para aspirar cuestionar la secuencia del orden de prioridades en los urgentes asuntos cotidianos del Estado Galáctico.

Todavía le resultaba inconcebible el hecho de que una operación rutinaria, tantas veces cumplida con absoluta precisión lo había conducido al desastre descartando para siempre su presencia del mundo de los humanos.

Pero los hechos hablaban por si solos. Un jurado severo analizó con acuciosidad su caso, escuchó con atención sus declaraciones y las de su compañera de labores por telepresencia y con suprema eficiencia dejó constituido -

en tiempo record- su fallo y el castigo ejemplar que el mismo conllevaba.

Y ahora todo estaba por concluir... En unas pocas horas, la inclemente fortaleza de las enormes prensas mecánicas lo aplastaría lenta pero irremisiblemente. Volvería a formar parte de la materia prima del planeta y la entidad que hasta ahora se denominaba s8729827-TE, desaparecería para siempre del mundo de los entes animados.

Porque muchos humanos ignoraban aún las agonías de los no-nacidos clasificándolos, de manera simplista, como meros artefactos de metal y plástico, conformados para servir un propósito, desechables en el momento de no poder continuar rindiendo resultados.

Sin darse cuenta aún que los avances de la ciencia los llevaban progresivamente más cerca de la producción de pseudo-vidas asombrosamente convincentes, justificando, cada día un poco más, su derecho a existir en el ahora precario fiel de la claudicante ética médica de la época.

Al recordar las injusticias vividas, sus dedos metálicos arañaban la dura superficie sobre la cual yacía, en un fútil manifiesto de la frustración que lo embargaba...

¿Con qué derecho se permitía la nunca bien justificada eutanasia geriátrica señalarlo con su helado índice? ¿Quién podía osar a etiquetarlo con el título de inservible? ¿Quién, aún más, ordenar retirarlo del mundo de los hombres?.

Y así transcurrían, interminables, las horas de la noche. Y cuando ya le parecía haber tocado fondo en los abismos de la desesperación descubría que, más abajo existían, todavía, negras profundidades que le prometían nuevos e inimaginables dolores...

De pronto, sintió su inconfundible presencia. Había arribado, incorpórea, una vez más, su leal compañera, su contraparte humana, la maravillosa experta en técnicas de telepresencia, que se hallaba ubicada físicamente a centenares de kilómetros de distancia, pero a quién la magia de la electrónica le permitía acceder en espíritu a compartir los últimos momentos de la entidad con la que

había conducido esa larga y azarosa empresa de retos y vicisitudes que compendiaba su vida.

“Saludos, Elsa”. En el interior de sus cavidades robóticas se establecía ahora el diálogo silente entre dos seres uno natural, otro artificial; éste en presencia, aquél en ausencia, integrados mediante la asombrosa simbiosis que posibilitaba el medio electrónico.

“Saludos, Rob”. La voz de Elsa, fuerte y segura, llena de cálidas vibraciones contrastaba con el tono profundo y metálico del robot, carente aún de inflexiones, pese a los prodigiosos avances de la inteligencia artificial y las ciencias del comportamiento conjugadas en autonomía de diálogo y perfeccionamiento lingüístico.

"Todo ha sido inútil. Hemos agotado los últimos recursos pero se niegan a concederte el indulto". Pese a su auto-control, la voz de Elsa vaciló por un instante, presa de frustración y de congoja.

"Lo sé, Elsa. Tranquilízate. Haz hecho todo lo que has podido.." Si hubo alguna reacción allá en lo profundo de su circuitaje, ésta no se hizo evidente.

Había poco campo para palabras. No era ya el momento para analizar circunstancias, ni siquiera sus consecuencias. Era imperativo callar y sublimar el plano del sufrimiento...

Y así permanecieron absortos en silencioso y místico abrazo electrónico intercambiando, sin recurrir al habla, los sentimientos y recuerdos que se agolpaban, tumultuosos en ambos seres.

De esta forma, el catalizador del sufrimiento integraba humano y máquina, haciendo a Elsa compartir, en forma simbiótica, como si fuera propio, el impacto sobre los sentidos que le transmitían los órganos del robot. Así, veía inmerso por los grandes ojos óptico-mecánicos, dotados escuchaba por su fina red de dispositivos electrónicos y percibía, SENTIA, a través de la dura piel que recubría el metálico cuerpo. Estaba allá, y sin embargo, corporalmente, esperaba aquí...

Al amanecer, exhausta en mente y alma, Elsa abandonó el cuerpo mecánico que le había servido de herramienta, de hogar, fielmente, durante tantos años. El milagro de la

telepresencia le permitía acompañar y compartir íntimamente los últimos momentos de aquellos pobres restos que yacían a la espera de su destino, muy lejos de su dueña, en un remoto galpón de la galaxia.

Era todo lo que le habían permitido las autoridades, para despedirse del más fiel colaborador que podría tener un humano.

Pero, no podía seguir ahogándose en el dolor de lo ineludible... Había que pensar en el futuro. Mañana al reincorporarse al laboratorio tendría un nuevo compañero de trabajo. Un reluciente y eficaz robot lunar producido con lo mejor del pensamiento tecnológico de la época y con el cual había sostenido ya las primeras entrevistas.

Restaba mucho por hacer. Repasar incontables manuales de inducción; actualizarse en cuanto a los avances y características tecnológicas de los nuevos ciberorganismos; prepararse para el largo período de adaptación psicológica que suponía la aceptación de un nuevo compañero de trabajo. Y alcanzar en el tiempo, la armonía de acción que significaba la cúspide del

trabajo en equipo, actualmente descoyuntado sin clemencia alguna ante esta insensible decisión.

Con deliberada intención desterró las dudas que secretamente había alimentado durante todo el tiempo transcurrido desde el instante en que sucedió el accidente.. ¿Sería en realidad su mente la que falló cuando aquel obrero fue arrastrado a su irremisible muerte? ¿Quedó oculta aquella demora de una fracción de segundo en toma de decisiones, tras la confiable fachada de una apariencia casi juvenil -fruto de la avanzada cirugía plástica de la época- cuando, en realidad, el deterioro había ya comenzado a hacer presa de su propio organismo?

¿Quién era en realidad la víctima y quien el victimario?

Allá en el lejano galpón quedaban los restos inanimados de lo que en un tiempo constituyó una maravillosa entidad interactiva al servicio del hombre, que compartió con él sus mejores momentos y ambiciones. Ahora, ignorada toda gestión, rechazada toda súplica, solo le restaba desaparecer para siempre del escenario de la actividad humana, llevando consigo el secreto de su

sacrificio -negado hasta a sí mismo- por una vida natural aún mas preciosa que la artificial, según sus propios y robóticos valores...

El fin estaba ya en puerta, su vida se esfumaba definitivamente.

Pero el mundo no se detendría por ello...

LOS BINHEXIADOS

Un puñado de prisioneros desesperados y sin nada que perder deciden intentar la aventura suprema: el escape, convertidos en códigos, a través del inestable ciberespacio, erizado de riesgos. Pero cualquier cosa es mejor que permanecer en prisión... ¿O realmente lo es ?

Con el alborear del siglo XXII llegaron los binhexiados, verdaderos hijos del Ciberespacio. Atrevidos aventureros, ávidos de nuevas emociones en la última frontera. Un revolucionario invento permitía ahora el envío de seres vivientes via correo electrónico, con el apoyo de un sistema de compresión y codificación holográfica del DNA apoyado en el novedoso hexadecimal ampliado. El simple pero poderoso principio de la Binhexiación había sido exaltado a niveles inimaginables.

Por supuesto que era necesario disponer de puertos de salida y de llegada especialmente acondicionados para "desarmar" y "armar" semánticamente a los viajeros,

pero los gobiernos y las cadenas comerciales trasnacionales, que anticipaban lucrativos "booms" de turismo, deportes, música y tantas otras cosas, habían contribuido generosamente a reducir el costoso importe inicial que representaba tal instalación.

Los Binhexiados poseían ciertas características que los diferenciaban del resto de los mortales, constituyéndolos en una suerte de elite muy especial que originaba una mezcla de envidia, aprehensión y admiración en el resto de la menos afortunada comunidad terráquea.

No todos los rasgos de las personalidades sobrevivían incólumes estos primeros intentos precursores de masificación del transporte virtual. Los Binhexiados eran arrogantes, nerviosos y no exentos de un moderado grado de paranoia. Se podía diferenciar a los veteranos de los novatos por el número de imperfecciones físicas que aquellos evidenciaban con orgullo. Un verdadero Binhexiado era un ser extrañamente conformado. La "basura" en las líneas de comunicación y su compleja fenomenología eléctrica resultaban imposibles de controlar al ciento por ciento. Así, era frecuente ver, en estos primeros años del ciberturismo extraños -¡y

reverenciados!- personajes con piernas exageradamente cortas, pelo emplumado o graves manifestaciones de acné electrónico...

Pletórica de peligros y recompensas, la Era de la Binhexiación reactivaba el dormido instinto de la aventura y la exploración, en la comunidad humana, del reino de la imaginación.

II

La parte mas difícil de escapar de la prisión residía en la construcción del puerto de salida. Salinas, el genio, el brillante ingeniero electrónico execrado por el régimen, era la pieza fundamental en ese juego. En el residían las últimas esperanzas de fuga de la sufrida población penal sometida a oprobioso e inhumano régimen carcelario. Pero Salinas no actuaba sólo. Con él operaban en perfecta sincronización Rojas, el Intermediario, el hombre de los contactos exteriores que podía introducir al penal casi cualquier cosa, si el beneficio era estipulado. y Ruiz, el Legendario Aventurero, héroe negro de mil escapes infructuosos y sus correspondientes penalizaciones.

De cómo se gestaron las circunstancias apropiadas para la fuga es materia que va más allá de esta corta crónica. Baste decir que, a través de su posición como jefe del taller de reparaciones electrónicas del penal, Salinas, el Superusuario, poseía un insospechado acceso al exterior que utilizaba para recurrir a las grandes supercomputadoras de los principales centros de investigación y disponer así del poder de procesamiento requerido por la operación. Y que la construcción del Portal a través del cual debía realizarse la fuga fue un prodigio de ingenio. Y que amigos en el exterior estaban listos para darles encubrimiento seguro una vez producida la evasión.

Al fin llegó el día del escape. Todo estaba listo para el gran éxodo. Se produciría por etapas. En grupos de a diez. Ruiz fue el primero, fiel a su osado temperamento. Le siguieron Lopez, Briceño, Salinas, Rojas, Eckermann y los demás.

Pero había un traidor en la trama (¡siempre lo hay!). Resentido por el orden de prioridad de escape que lo marginaba del primer grupo, el delator alertó pronto a las

autoridades. Orden inmediata fue impartida a la Extranet de clausurar, hasta nuevo aviso, el uso de códigos provenientes de la prisión. Como resultado, los códigos de los puertos de acceso binhexiados a la institución fueron invalidados prontamente, sellándose así el trágico destino de los evasores.

III

De todos los osados aventureros que iniciaron el escape, sólo Ruiz completó la ansiada transición. Apareció de súbito en una lejana región de Hawai, en las instalaciones de un apartado observatorio astronómico, una noche irisada de estrellas y arrullada por brisas tropicales que traían en sus alas lejanas vibraciones de alegres luaus. Está aun por ser capturado.

Los demás no fueron tan afortunados... No alcanzaron a completar el ciclo de transición. Y quedaron atrapados en el Ciberespacio.

Este mundo extraño será su prisión por el resto de sus vidas. Un mundo matemático indiferente al aleatorio

comportamiento de los seres humanos, a sus sentimientos y motivaciones...

Los Binhexiados vagan ahora sin rumbo fijo, anómalas manifestaciones electrónicas en el limbo infinito en que se hallan inmersos. Allí han constatado, ocasionalmente, vestigios de otros osados viajeros (o mas bien fragmentos de sus códigos) así cómo también legiones de paquetes e increíbles cantidades de correspondencia extraviada.

En su estado incorpóreo, los Binhexiados no pueden expresar sus emociones, pero si sus códigos tuvieran el derecho de hacerse escuchar, nos estremecerían, ciertamente, los desconsolados lamentos de sus torturadas almas.

¡CARLITOS EN EL CIBERESPACIO...!

Cuando Carlitos y su familia asistieron a la Feria del Ciberespacio, celebrada en aquella remota área rural, poco imaginaban las vicisitudes a las que los expondrían los acontecimientos resultantes de lo que sucedió a partir de una ingenua travesura...

Si el martillo de Vulcano hubiera sido un poco menos pesado, ninguno de los lamentables hechos que aquí reseñamos hubiera sucedido.

Pero Carlitos era travieso...Terriblemente travieso y, por ende, obstinado como el que más.

Todo sucedió cuando la denominada "Feria del Ciberespacio" llegó al pueblo. La nueva tecnología inmersiva TOTAL empleada, basada en una desintegración con efecto de reconversión diferido, (mas una hábil promoción publicitaria) había cautivado la imaginación de los ingenuos aldeanos. La perspectiva de

experimentar una nueva sensación que despejase la abulia crónica que afectaba a la comunidad llevó a los mas osados a echar mano a sus preciosos ahorros y adquirir entradas para la "única ocasión en la que había de presentarse el evento en esas tierras".

Verdad es que los cartelones de los anuncios que se habían distribuído estratégicamente en diferentes sitios del poblado eran espectaculares, lindando en lo circense. "¡ Asiste ! -decía uno- El Olimpo de los dioses te espera. En sólo 2 1/2 horas podrás presenciar el nacimiento de venus, la pasmosa velocidad de Mercurio, la furia del imponente Neptuno. Conocerás de cerca a centenares de dioses menores. ¡ No te lo pierdas ! ¡lleva a tus hijos! Esto cambiará su vida...". Todo ello en grandes y sugestivos trazos rojinegros sobre un fondo azul pastel en cuya horizonte se erguía algo sospechosa- aunque equívocamente- una forma similar al Partenón.

Para Carlitos la visita (guiada) lindó en el aburrimiento. Desde lo alto de sus siete años escuchaba con desdén las conversaciones y dudosas explicaciones acerca de las costumbres, hábitos y peripecias de los dioses en el Olimpo. Ni siquiera las maravillas de la Inteligencia

Artificial y el desempeño autónomo de los mundos virtuales pudieron impresionarlo por mucho tiempo. Hacia el final de la visita, el torrente de energía reprimida que en él bullía estaba a punto de estallar. Si sus pardenes se percataron de este hecho no lo demostraron, hallándose como se hallaban inmersos en cuerpo y alma en su nueva fantasía.

Fué en el momento en que culminaban la visita al Mercado y se aprestaban para regresar cuando observó en la distancia, a su izquierda, una zona del Olimpo no incluida en la visita. Un ruido sistemático, proveniente de ella, estimuló su atención al punto que no resistió la tentación de realizar una pequeña investigación...

Y en un santiamén, mientras los visitantes intercambiaban impresiones a la espera del regreso, el travieso chico se escabuyó por entre las patas de bucólicos bueyes y pisando suavemente sobre el heno seco que cubría el suelo, se alejó, silencioso como un fantasma, del absorto grupo de cronoturistas.

Muy pronto alcanzó la meta propuesta. El sitio de donde provenía tal escándalo era un recinto cerrado, de blancas

paredes. Acercandose a la gruesa y vetusta puerta de madera, Carlitos atisbo su interior, iluminado con la luz de una fragua. Un hombre gigantesco, barbado y sudoroso golpeaba con ferocidad el yunque frente a él con un enorme martillo. ¡ Y que martillo ! Nunca Carlitos había visto nada como eso... Era la quintaesencia de la fuerza bruta, levantando galaxias de chispas multicolores cada vez que surgía hacia adelante atacando la gran espada ígnea que cobraba forma gradualmente.

Repentinamente el gigante se enjugó el sudor y con un gesto casi despectivo, lanzó el mazo a un rincón. Si Carlitos hubiera entendido su lengua le habría oído decir: "¡ Por hoy basta ! Al diablo con Eneas y su petulancia..." .

Y salió mascullando imprecaciones. Carlitos, con maravillosos reflejos, tuvo justo el tiempo para evitarlo. Luego, sigilosamente, entró en la estancia. Solo tenía ojos para el gran martillo. Se acercó y trató de levantarlo. ¡ La sorpresa que se llevarían sus padres si volvía con esto a casa ! Haló con todas sus fuerzas tratando de arrastrarlo, empujó hasta que se le nubló la vista, pero todo fue inútil. El martillo de Vulcano era una herramienta de dioses, que no de niños.

Tan absorto estaba que no se dió cuenta que el tiempo de regreso había vencido. Su madre si lo hizo, aún cuando tardíamente, y presintiendo la desgracia prorrumpió en angustiados gritos reclamando su presencia.

¡Demasiado tarde! El proceso de reconversión molecular ya se había iniciado... ¡Y nada podía detenerlo!

Inútiles fueron las amenazas del padre ni el llanto desconsolado de la madre. Ni todo el interminable proceso burocrático que acompañó las gestiones de rescate. Carlitos no apareció ese día. Ni el siguiente, ni el otro después. Con el tiempo, la dura realidad trajo resignación y el alegre Carlitos pasó a ser solo recuerdo y encaminóse en el tiempo a ser recuerdo de recuerdo.

El Ciberespacio, como se lo conoce hasta ahora, es ámbito variable e impredecible. Las más extrañas combinaciones pueden albergarse en su seno. Los mundos virtuales creados por el hombre se entrelazan y confunden en un interminable despliegue de fascinante entropía...

Quizá algún día, las fuerzas poderosas e ingobernables que separaron a Carlitos de su núcleo familiar tengan a bien liberarlo, y permitirle el reencuentro con sus atormentados padres. Pero es cosa que sólo el futuro (?) podrá determinar.

Por de pronto, Carlitos forma hoy (¿"hoy"?) parte integrante del hogar de un malcarado guerrero asirio. Su madre adoptiva, pletórica de formidable fortaleza, le aplica frecuentes tortazos para recordarle quien manda en el fogón pero el feroz padre lo tiene muy en alta estima desde que casi despedaza a tres compañeritos, en el retén de los cautivos, durante una querella sin importancia.

De hecho, el orgulloso padrastro tiene muchos planes en puerta para él, y su electrónico corazón estalla de júbilo cada vez que se lo imagina en activo y fiero combate sobre las duras tablas de la galera imperial.

Aparte de eso, su vida sigue un curso marcadamente rutinario y a la espera de nostálgicos acontecimientos que nunca terminan de concretarse...

EL SURFISTA VIRTUAL DE "SOL MOJADO".

De cómo el surf, la noche perfumada, el mar batiente y la realidad virtual dan pie a una moderna leyenda donde los fantasmas del futuro cabalgan las largas olas de "Sol Mojado" sin escapar, no obstante, su doliente destino...

Nadie sabe a ciencia cierta cuando apareció por vez primera el espectral surfista de "Sol Mojado". Algunos se remontan muy atrás, amarrándose a una antigua leyenda transmitida de boca en boca, de generación en generación, desde los días aciagos de la esclavitud en América...

Para los que no la conozcan, "Sol Mojado" es la playa mas recóndita de esa gran cimitarra de arena reluciente que circunda la bahía de Guanabara. "Sol Mojado" es de una belleza excepcional. He visitado muchas playas a lo ancho y largo de la geografía del planeta: playas doradas, cobrizas, rosáceas, negras o deslumbrantemente blancas; bordando costas placenteras coronadas de orquídeas o temblando ante el rugido poderoso del mar océano al pie de negros farallones que amenazaban desplomarse en ellas. Ninguna tan cálidamente hermosa, tan embrujadora

en tropical presencia como "Sol Mojado". "Sol Mojado" la bella, reina de la luminosidad, de tibias y transparentes aguas que besan reverentes la crujiente y pulcra arena de la costa con rendida adoración...

La primera vez que escuché hablar del fantasma de "Sol Mojado" fue por boca de unos pescadores durante el ocio de un largo fin de semana. Llegaron cuando terminaba de cenar en el rústico pero confortable albergue que había escogido para apartarme de las rutas turísticas mas transitadas. En un comienzo, abordaron el tema con renuencia, con el temor de aparecer supersticiosos a los ojos del visitante citadino. Pero una vez roto el hielo se explayaron a satisfacción. Decían que, en varias ocasiones, habían visto en el mar, a la distancia, un personaje misterioso que se deslizaba velozmente sobre las aguas. Parecía tratarse de un forastero, ajeno a la región. Pero, las veces que el más osado del grupo intentó acercársele, aquél súbitamente se desvaneció para no regresar.

Las opiniones coincidían acerca de su aparición en noches sin luna, acompañado por una curiosa condición de fosforescente transparencia al ser iluminado por el haz de la linterna. El patrón de comportamiento era, sin lugar

a dudas, repetitivo: el sitio aproximado de incidencia; el largo desplazamiento hacia la remota playa. Sin estelas, sin sonidos. La súbita e impresionante desaparición...

Los ingredientes de una novedosa historia en ciernes cautivaron de inmediato mi imaginación. Movidó por una irresistible curiosidad, decidí constatar personalmente los hechos acaecidos en "Sol Mojado". Me atraía la presencia de un fenómeno inexplicable el cual, por lo demás, venia a turbar la tranquilidad y armonía de un ambiente que me era tan querido. Así, aprovechando unas bien merecidas (¡y largo tiempo añoradas!) vacaciones, decidí trasladarme a " Sol Mojado" a la caza de lo que prometía ser una nueva e interesante experiencia.

Desde el punto de vista de su objetivo, los primeros días que sucedieron a mi instalación al borde de la praia fueron indudablemente decepcionantes. La paciente espera no aportó frutos. Comencé a acostumbrarme a la idea de disfrutar mis vacaciones a plenitud, olvidándome un tanto del escurridizo fantasma de "Sol Mojado".

Finalmente, ocurrió...

La noche había llegado casi inadvertidamente. Era una noche oscura, sin rastros de deslumbrante luna o centelleantes estrellas. Una tibia y perfumada brisa invadía el ámbito de la bahía. Caminando lentamente por el borde de la playa, tabla de surf bajo mi brazo, oteaba mecánicamente el horizonte indiscernible, sin saber realmente que esperar...

De súbito la ví... Una pequeña lentejuela fosforescente, casi imperceptible, enrumbada hacia la distante playa, deslizándose con pasmosa y sinuosa habilidad sobre las crines de las olas.

Movido por un reflejo instantáneo me adentré en las tibias aguas sin hesitar y, a horcajadas sobre mi tabla, remé, utilizando mis brazos, en dirección de la distante silueta.

Lentamente, gané la distancia que me separaba del desconocido. Este, a su vez, había reducido su velocidad como si gustosamente aceptara el fortuito encuentro. Finalmente lo abordé, aparentando una tranquilidad que no sentía. Su forma de responder a mis preguntas fue sorprendente.

A través de algún mecanismo de comunicación indescriptible, presentí más que comprendí- el desarrollo, auge y caída de un personaje excepcional. Y también su condena por osar hollar lo que no debe conocerse. Luego, su subsecuente huída a un universo virtual, apoyado en recursos tecnológicos desconocidos y su incomunicación definitiva con el mundo de los vivos. Finalmente, su desesperación por evadir el implacable ostracismo y los intentos por escapar el cerco impuesto, que lo llevaron a concebir la hipótesis de anclarse nuevamente a la realidad al tocar tierra. Y sus infinitos fracasos, sólo acicate para volver a intentarlo.

Aquí se interrumpió el mensaje. El extraño, erguido sobre ignota base de sustentación, señaló la distante playa y, sin que mediara palabra partimos. los dos raudos como flechas sobre los briosos lomos de las negras olas.

¿Has hecho *surf* alguna vez en una noche oscura, en una playa solitaria? Conlleva una extraña sensación. Una muy especial sensación... Uno cabalga la nada sin presentir a donde va, tan sólo guiado por el tibio beso de la brisa tropical y los esporádicos flecos de espuma que orlan las

combas tumultuosas de las olas junto a la tabla. ¡Y es comunión total con la invisible pero omnipresente naturaleza!

Es posible que hoy, ya anciano, algunos de los hechos aquí narrados adolezcan de imprecisiones en mis reminiscencias. Han pasado muchos años desde aquel encuentro fugaz...

Pero lo que no podré olvidar ni confundir jamás es el horror y la infinita decepción reflejada en las crispadas facciones, en los abiertos ojos del lívido surfista virtual, a medida que se acercaba a la arena y su espectral figura se desvanecía. En el último instante, se volvió hacia mí y pude ver en su convulsionado rostro una patética expresión de despedida.

Era la mirada de un alma condenada, prisionera perenne en la eternidad del tiempo, más allá del perdón de cielo o tierra...

LA ROSA PURPURA VIRTUAL

*¿ Quién no ha querido tomar entre sus manos la cristalina maravilla de la Rosa Púrpura Virtual, facsímil de aquella hermosa leyenda cinematográfica que nos llenó de añoranza por la romántica era de las aventuras en parajes exóticos ?
¡Ahh! Pero hubo alguien que no se conformó con añorar y buscó convertir ese sueño en realidad....*

*"La rosa que resurge de la tenue
ceniza por el arte de la alquimia "
- Jorge Luis Borges*

Estaba obsesionado. Víctima de una poética y gentil obsesión, quería recrear la esencia maravillosa de la película de Allen, a la cual había asistido, al igual que los actores protagonistas, innumerables veces.

Pero su obsesión no residía simplemente en la recuperación de una trama digna de los mejores recursos de Realidad Virtual (inmersión, interacción,

multisensorialidad...); de aquel inolvidable diálogo entre ansiosos actores del blanco y negro y el inquieto público expectante; de aquella transgresión continua entre dos mundos, real el de afuera, simulado el de adentro. No; el centro de su motivación lo constituía la maravillosa Rosa Púrpura; la legendaria flor que demarcaba el punto de enlace entre dos mundos... El objetivo inalcanzable sobre el que gravitaba la razón de ser de los acontecimientos iniciales de la trama... El premio a la búsqueda paciente y visionaria de la eterna felicidad.

Decía la leyenda que el faraón había señalado la tumba de su amada con una inconfundible rosa; una solitaria y pulsante rosa púrpura que habitaba la densa oscuridad de la pirámide, como símbolo de indestructible amor.

Pero la Rosa cumplía a su vez otra misión: la de guardiana sempiterna del fabuloso tesoro que el faraón había colocado a los pies de su llorada compañera. Era responsable de mantener inalterada la paz de aquel silencioso sepulcro...

Y así quiso el destino que aquella callada obsesión, pasara de la fantasía a la realidad a través de un largo

proceso de reconversión. Una vez tomada la decisión inicial, el resto de la acción fue mera consecuencia. Inspirado por la fuerza de su convicción, tuvo la suficiente capacidad de convencimiento para asegurar un generoso mecenas, dispuesto a invertir una pequeña fortuna en la realización de una obra experimental que sería divulgada al mundo, a través del nuevo medio de la televisión digital interactiva.

Con este indispensable apoyo garantizado, se abocó, de inmediato, al arduo trabajo de desarrollar lo que, desde un inicio se bautizó como "La Rosa Púrpura Virtual".

Primeramente, buscó dotar a la obra cinematográfica de la flexibilidad para que el público pudiera participar, asumiendo pero no interpretando, los diferentes roles ofrecidos por la trama, desde su mismo inicio; es decir, integrarse a los roles desde la escena y no desde el recluso palco de la televisión tradicional. Aquí las técnicas de realidad virtual resultaban vitales y a ellas se acudió prontamente.

Luego, tuvo que recrear aquella escena clave en el interior de la pirámide en la cual el arriesgado aventurero

de casco de corcho desviaba de pronto la mirada hacia su arrobada espectadora, diciendo súbitamente "¡Mi Dios!, debes amar realmente esta película...". Las modificaciones a ser introducidas, eran simples pero alteraban radicalmente la trama. Ella iba hacia él, traspasando el ámbito sutil entre los dos medios. Juntos emprendían entonces la búsqueda de la mítica rosa, distanciándose grupo que los acompañaba...

El desenvolvimiento de las acciones subsiguientes debía ser inesperado. Era allí donde residía el verdadero reto, la parte realmente compleja de su muy personal interpretación. No quería arribar a un desenlace único como ocurría en la película original. Deseaba imbuir a su versión con el mismo grado de autonomía que sugería el accionar de los actores. Quería convertir la trama original en auténtica realidad participativa.

Las técnicas de Inteligencia Artificial vinieron en su ayuda. Pronto se añadió al grupo inicial de especialistas de realidad virtual, que ya laboraban en sitio, un distinguido especialista en el área de sistemas expertos que supo fusionar hábilmente trama y vivencia con el resultado que, a medida que progresaba el desarrollo de

la obra, se enriquecía paralelamente la gama de posibilidades diferentes de desenlace.

Las dificultades que urgieron durante el desarrollo de los trabajos de filmación pertenecen a la leyenda del Nuevo Cine. Todas fueron superadas con éxito. El presupuesto original se disparó por encima de lo previsto, pero el mecenas, orientado por su fino instinto de mercado, estuvo a la altura de las circunstancias. Milagrosamente, la volátil combinación de técnicos y artistas mantuvo una entusiasta y dedicada, pero tambaleante, coherencia hasta el final. La tecnología se vió exigida hasta sus mismas fronteras.

Finalmente, llegó el gran día. La premiere por cable, apoyada por una intensiva e inteligente campaña publicitaria paralizó, a la hora acordada, la actividad cotidiana en aquellas ciudades del mundo seleccionadas para el esperado debut. En hogares y sitios especialmente acondicionados para la esperada ocasión, los participantes fueron provistos de los mínimos recursos requeridos para su integración a la obra. Sutiles lentes de contacto y delicados guantes constituían la única interfase necesaria para la experiencia a ser vivida. En

algunos sitios se incorporaron rampas de rodamiento, pero ello no era en verdad indispensable.

En esta primera presentación experimental, el sentimiento colectivo sería compartido a través de una única vivencia conducida por el creador de la obra y su bella compañera.

En su residencia, el sublime obsesionado se aprestaba, tan entusiasmado como el que más, a vivir su gran ilusión. A muchos kilómetros de distancia su amiga de turno, una inteligente y despierta blonda actriz, se aprestaba para compartir con él la inolvidable experiencia.

Y de pronto él se halló allí, incorporado a la trama, hollando el suelo milenario de la historia. Respirando la densa atmósfera que condensaba el paso de incontables años. Repitiendo, una vez más, las trilladas frases de su innovado guión...

Levantó la vista y, en su interior, su corazón saltó de júbilo ante la armoniosa transición cumplida. ¡Ahora, se encontraba en su propio dominio cinematográfico!.

Y allí, frente a él, separada tan sólo por el velo transparente del medio y por algunas filas de espectadores estaba ella, su bella acompañante: rubia, hermosa, deslumbrante. Como en un sueño vino hacia él, atravesando el aura sutilísima que los separaba. De pronto sintió en su mano varonil la cálida presencia de su pequeña mano. ¡La transición se había cumplido sin reparos!...

Después, se alejaron gradualmente del grupo reunido en la cripta. Durante horas vagaron osadamente explorando laberínticos pasadizos; arribando una y otra vez a punto muerto. Por último, la constancia tuvo sus frutos. Allí en lo más recóndito del corazón de la pirámide traspasaron de pronto el umbral de un elaborado vano... ¡y culminó la búsqueda!

Sobre el blanco mármol de la tumba celosamente guardiada, flotaba en las tinieblas, etérea, magnífica, la rosa púrpura virtual. Sus grandes y aterciopelados pétalos, abiertos a plenitud, vibraban con un casi imperceptible tintineo. Una luz espectral, que parecía nacer de su interior, la imbuía de un halo cristalino...

El imperial pero austero féretro erguía su imponente presencia en el centro del recinto y a sus pies, en ornado cofre, refulgían las más maravillosas gemas que imaginarse pueda.

Desafiando lo imposible, la blonda actriz hundió sus manos en aquel tesoro y lo hizo deslizar por entre sus dedos provocando una catarata de chispas tornasoladas.

Casi inmediatamente, se produjo un a fuerte vibración y la joven retiró vivamente sus manos como si se hubiera quemado. El rumor persistía. Instintivamente, la chica corrió hacia la entrada gritando destempladamente: ¡Huyamos! ¡Salgamos de aquí,,.! ¡Hay peligro...!

Pero él no la oyó. No había siquiera puesto sus ojos en el tesoro. Miraba fascinado la grácil forma suspendida en medio del espacio.

"La Rosa Púrpura- murmuró obsesivamente- No la imaginaba tan hermosa ! Debo tenerla !". Y estiró los brazos acercando, impetuoso sus temblorosas manos al

fuego helado donde flotaba la imagen holográfica de la Rosa.

El sortilegio se rompió bruscamente. La luz helada titiló y se apagó de pronto y, en las tinieblas, la Rosa Púrpura se fragmentó en mil cristalinos pedazos y desapareció. Con ella se fue también el tesoro y sus multicolores y relucientes gemas.

Los cincuenta mil espectadores sintieron simultáneamente el ramalazo del pánico (afortunadamente anulado casi de inmediato por un oportuno e insípido comercial). El sorpresivo final suscitó loas por parte de la crítica especializada... y reclamos de taquilla debido a frustradas expectativas de la defraudada teleaudiencia.

Nadie sabe a ciencia cierta que sucedió. De todos los finales posibles, la obra había desembocado en su autodestrucción. El grupo de creativos aseguró que lo acontecido era imposible.

De resto, queda poco por contar.

El grupo que hizo realidad el sueño original se desbandó a los cuatro vientos ante las tentadoras ofertas del siempre voraz mercado de consumo.

El obsesivo soñador alteró el rumbo de sus ilusiones y se encuentra ahora filmando un documental en la comarca del Loch Ness.

La producción fue adquirida por un ambicioso director quien tuvo a bien coordinar los necesarios "parches" para obtener una versión de aceptación colectiva que se tradujo en beneficios económicos razonables. Los espectadores vieron, eso sí, retrotraído el promisorio ámbito de su acción y continuaron -como antaño- participando visualmente desde la platea.

Hay un nuevo tesoro y una visita (guiada) a la imperial tumba de la hermosa soberana. Con infinita paciencia fue posible recuperar y ofrecer al público la mayor parte de los atractivos originales de aquel imponente recinto.

...pero la Rosa Púrpura no reapareció jamás.

SINFONIA INVERNAL

"Aquel invierno, las rosas asomaron alegremente el fuego de sus pétalos espléndidos por entre los gélidos copos de la nieve...". Así se inicia la historia del muy publicitado experimento fílmico que mantuvo a la humanidad al filo de sus televisores y que culmina en quijoteskas reflexiones..

Aquel invierno, las rosas asomaron alegremente el fuego de sus pétalos espléndidos por entre los gélidos copos de la nieve. En el manto inmaculado que se extendía ilimitadamente en todas direcciones, aparecían desparramadas como joyas relucientes del tesoro de un celoso pero descuidado gigante. Los niños saludaban su aparición con alegres risas y exclamaciones y su presencia era motivo de grandes especulaciones y de sabrosos comentarios. Poca gente sospechaba la invisible mano del biotecnólogo que pacientemente las prohió...

I

La princesa dormía. A través del cristal de su cápsula criogénica, el mínimo movimiento de su respiración resultaba imperceptible. Su dulce rostro de niña mostraba apenas un levísimo rubor y sus largas y sedosas pestañas parecían a punto de anunciar al mundo su repentina resurrección. Pero todo era inútil. Seiscientos años habían transcurrido desde aquel fallido y abominable atentado. Generaciones habían cantado, con infinita añoranza, su trágica leyenda. Los mejores especialistas del reino, apoyados en las últimas tecnologías no habían podido alterar en lo mas mínimo su letargo sin fin, romper el hechizo de su perenne hibernación.

La princesa soñaba. Pero su arquetipo de príncipe, aquél que portaba altas y pardas botas, jubón de seda y espada al cinto, y que ascendía gallardo las escalinatas de su lecho para doblar la rodilla ante su radiante belleza y despertarla con un tierno beso de amor había desaparecido con ella, seiscientos años atrás. Ahora, una nueva versión, ecológica y conservacionista, de aquel pretendiente, estaba en camino. Además no era realmente un nuevo príncipe azul, puesto que las gamas de colores en el video digital rebasaban fácilmente el millón de

opciones y las etiquetas originales para identificar los colores primarios habían perdido vigencia.

Por otra parte, había esta vez un adversario. Un implacable competidor que también ambicionaba arrancar a la bella princesa del helado embrujo en que se hallaba sumida. Señor del audio digital, cabalgando el vértigo de la velocidad, estaba también en camino...

Conduciendo por sendas tortuosas y guiados por el misterioso azar se aproximaban ambos pretendientes desde remotas comarcas en forma progresiva e inexorable.

Y llegó el gran día. Como todos los años en el aniversario de su agresión la bella princesa de la celda de vidrio fue expuesta al público. Y las lágrimas anegaban los ojos de sus súbditos al verla tan joven, tan bella y distante en el helado abrazo de la eternidad.

Y hete aquí que aconteció que entre las lentas multitudes que desfilaban ante su princesa se hizo presente un joven insolente, quien con firme paso se acercó a la durmiente e intento robar osadamente un beso de los castos labios.

Sólo el rugido de la multitud, listo a despedazarlo, pudo disuadirlo de su obsesión...

Entonces hizo su aparición el también joven pero reservado adalid de la naturaleza, quien, con infinita dulzura, acercó su rostro al de la durmiente, la contempló inmóvil durante lo que pareció una eternidad y luego lentamente, oh tan lentamente, extendió sus ágiles y diestros dedos y comenzó a extraer de la hermosa boca el trozo de envenenada manzana....

III

Los ingresos provenientes de la genial campaña publicitaria fueron sensacionales. Más allá de la más optimista expectativa. Mil cines simultáneamente en todo el planeta abrieron puertas para dar acceso a delirantes multitudes capturadas por la magia del exitoso matrimonio entre Realidad Virtual y Biotecnología. Por aquella simbiosis que permitió llevar a todas las regiones del mundo, en forma simultánea, una muestra de lo que habría de ser la reposición actualizada de uno de los más grandes clásicos infantiles de la literatura y el cine...

Terminó la 'avant premiere'. Se cumplió plenamente su objetivo promocional. Han desaparecido ya bella princesa, sensible ecologista y trepidante adversario, debidamente remunerados. Y las rosas rojas languidecen entre las nieves del invierno y uno a uno sus pétalos carmesí van entregando su preciosa existencia. Ahh, pero el biotecnólogo que las originó ha recibido el Carso de oro en la Meca del Cine, por efectos especiales (¡con ovación y vitoreante audiencia en pie!).

Epílogo

En esta época de finales de múltiple elección, la tecnología del cine interactivo llevada a un plano estadístico arrojó los siguientes resultados de auto-guiones: a) Tímido ecologista salva princesa pero ella prefiere osado aventurero. b) Inevitable muerte de la bella por asfixia prolongada, con fastuosos funerales. c) Seis meses de cepo y azotes para los adversarios por alterar el orden publico. d) Subasta de los enseres de la princesa e incineración de la misma con dispersión de cenizas en los bosques aledaños (¡porque los gastos de su manutención, de persistir, habrían llevado el reino a la ruina...!).

No hay Don Quijotes ya. No puede haberlos. No volverán... Los molinos de viento de antaño son ahora sólidas e imperturbables torres eólicas, demasiado altas para embestirlas, demasiado ascéticas para impresionarlas. Rocinante mutó en troquelada moto y sólo Sancho Panza sobrevive aun, de puro terco... Pero el pobre está irreconocible: ¡se ha vuelto macrobiótico!....

EL ANTI-LEON

Conozca la más terrible máquina de guerra jamás construida y lo que le ocurrió a Ricardo "El Aburrido" cuando quiso utilizarla para resguardar la precaria seguridad de su asediado reino...

Ricardo el Aburrido se hallaba preocupado. Esto en sí no dice mucho si no se sabe primero quien era Ricardo. Hijo de reyes, nieto de reyes de auténtica sangre añil. Descendiente directo del recordado Nicanor "El Intestino", (bautizado así por el vulgo debido a su obsesiva manía de intervenir en los más mínimos asuntos internos del reino), portaba sobre sus hombros tanto peso de nobleza pasada que apenas podía desplazarse. Carente de vigor, del fuego sagrado de liderazgo que todo pueblo exige a sus gobernantes, era poco más que un mueble (de estilo) en aquella corte gobernada en realidad por Guillermo "EL Subrepticio", su primo, aspirante número dos al trono y haciendo todo lo posible y lo imposible por convertirse en el número uno...

Era entrada la tarde y Ricardo estaba echado (su posición favorita) al borde de una loma desde donde se vislumbraba toda la distante comarca. En la lejanía se escuchaban los gritos de los pastores arreando a sus ovejas para ponerlas en resguardo a la caída de la noche. Extensos viñedos y olivares prestaban un toque de belleza a la austeridad del paisaje. La fresca brisa jugueteaba con su escasa cabellera osando perturbar sus largas guedejas, pero él permanecía abstraído. En su abotargada mente, sensores aún milagrosamente activos le informaban que no todo andaba bien en el reino. Decididamente...

A pesar de su impopularidad con el pueblo -quién en el fondo quería, a su manera, a Ricardo (más de lo mismo)- el Subrepticio, dotado de gran habilidad política había ido ganando paso a paso el apoyo de otros sectores de la comunidad y parecía al borde de intentar el gran paso. Y eso significaba que la cabeza de Ricardo se independizaba cada vez más de su cuerpo.

Ahora bien, no era que el Aburrido tenía un apego especial por su gris existencia, pero hería su real orgullo

(el poco que le quedaba), en la médula, la actitud despectiva y casi despótica de su primo para con él.

Había que hacer algo; y rápido...¡ Si no quería pasar a la historia prematuramente !.

Absorto estaba el Aburrido en sus sombrías y agoreras contemplaciones (como el lector se habrá apercibido ya). Tan absorto que no reparó en la aparición del artefacto que, como una burbuja transparente y ambarina descendió oscilante de los cielos y se posó, grácil sobre la suave grama de la loma. A los pocos segundos, una puerta lateral se deslizó hacia arriba silenciosamente y un hombrecillo vivaz y portador de una caja de sencillo contorno geométrico hizo su aparición.

"¡Buenas tardes!" dijo con voz tonante, pero no del todo desagradable. "Indudablemente. el mejor lugar de este bello paraje para sostener un edificante diálogo".

Ricardo lo percibió ahora. Erguido en la plenitud de su metro cincuenta de estatura, el hombrecillo era la imagen de la seguridad y la auto-confianza. Le sonrió alegremente con unos dientes translúcidos pero sólidos

que despertaron un dejo de curiosidad en la fatigada mente de el Aburrido. En verdad, el esfuerzo de meditar lo había dejado exhausto.

"¿Quién sois?" le espetó arrebuajándose en los harapos de su dignidad real.

Sin responderle directamente el hombrecillo materializó un vibrante rectángulo de luz y se lo entregó.

"Primicias Xanadú, soluciones al alcance de tu mano", habló la tarjeta. Y acto seguido se enzarzó en las excelencias de una suerte de pegajoso villancico que fue diluyéndose como fondo para la conversación.

"Por vuestro rostro veo que habéis problemas", adelanto el hombrecillo sonriendo con un aire no exento de oculta picardía.

"No tal, no tal" replicó instintivamente el Aburrido, arrepintiéndose de inmediato de hallarse a la defensiva.

"Sin embargo", continuó impertérrito el extraño personaje, "estamos aquí para servirlos. ¿Queréis ayuda en algún ramo?".

Ricardo reflexionó. Asumiendo la buena fé del visitante, era aún demasiado pronto para sugerir la desaparición permanente de su muy estimado primo, el Subrepticio. Pero ¡ Que diantres ! Bien valdría intentar una prueba menor.

Había en el reino una plaga crónica, perennemente hambrienta, ruidosa e irreverente que periódicamente mermaba las arcas del estado y sumía al pueblo, a todos los niveles en la mas negra desesperación: la Langosta. Y eso era algo que ni el mismo Guillermo había podido resolver. Es más, su aún precaria mayoría se tambaleaba cada vez que se traía a colación dicho tema.

Era una buena prueba.

"¿ Tenéis alguna cura contra la langosta ?", preguntó de soslayo mientras maniobraba su posición de forma de hacer que los rayos del sol en decline hirieran los ojos del recién llegado.

"Por supuesto Usía. La más efectiva. Y abrió la caja, oprimiéndola tres veces en distintos sitios.

Su interior era oscuro, con una engañosa ilusión de profundidad. El mercader (pues esto era ni más ni menos) metió la mano y el brazo hasta el codo y tras alguna manipulación extrajo una reluciente y curiosa figura. Lo más cercano a ella era compararla a una anti-langosta. Sus mandíbulas mecánicas emitían leves crujidos, como si ejercitara su accionar antes de entrar en batalla.

" ¡ Diantre ! pensó el Aburrido.

"¡ Mirad !" dijo el mercader indicando al cielo con su enjoyado meñique.

Ricardo miró. En lontananza se veía una incierta nube grisácea que iba y venía con la brisa. Era la primera avanzada de las legiones que pronto habrían de invadirlos. ¡ Langostas !

El extraño hombrecillo tomó la anti-langosta en sus manos, desplegó sus alas con un murmullo metálico y

delicadamente, casi contra su voluntad, la liberó en el aire.

La anti-langosta revoloteó de inmediato, extendiendo sus sensores y tras realizar un giro enfiló hacia la distante nube. Al mismo tiempo que esto acontecía, el hombrecillo oprimió algo en el interior de la caja.

La alada anti-langosta pareció duplicarse en pleno vuelo. Y volverse a dividir una y otra vez. Ella y sus copias. Todas se dirigieron hacia la nube que se acercaba.

Lo que siguió fue impresionante. Con los vestigios de su imaginación, El Aburrido creía percibir el crujido de las poderosas fauces metálicas al cerrarse una y otra vez sobre los cuerpos de las desprevenidas langostas. Pero igual hubiera sido si estas se hubieran hallado sobre aviso. La fría ferocidad de las anti-langostas se imponía abiertamente sobre el instintivo apetito de sus víctimas.

Pronto no quedó nada en el cielo. Nada vivo.

Las anti-langostas regresaron una a una, se precipitaron dentro de la caja y desaparecieron.

El mercader cerró la caja. Sin chasquidos, sin crujidos. Como si nada hubiera pasado.

El Aburrido estaba impactado. Las impresiones de lo presenciado despertaban potencialidades de uso en su aletargada mente.

"¿ Cuanto queréis por esa caja ?" preguntó displicente.

"Vuestra es, Majestad, pues no cobramos sobre lo ya existente", dijo obsequioso el mercader.

"¿ Y cuanto costaría elaborar una anti-langosta de mayor tamaño, que se alimentara -digamos- de leones ?"

Los ojos del mercader relucieron como ascuas en la hoguera. En ese caso, Majestad, me conformaría con toda esa comarca que veis allá abajo, hasta donde alcanza la vista, y el derecho para ejercer libremente mi oficio en el resto de vuestro reino.

"¿ Cuándo volveréis ?" contrarrestó Ricardo.

"En cualquier momento, Majestad. Siempre estoy cerca".

"Entonces hablaremos" dijo El Aburrido (ahora no tanto).

"Hecho," dijo el personaje y efectuando una grande y exagerada reverencia, subió a su nave y desapareció.

Pasó el tiempo. Llegó la langosta. Por nubes, por oleadas, oscureciendo el cielo. Al abrigo de su indolencia Ricardo experimentaba. Mientras el reino se debatía en la angustia y el hambre aprendió a manejar con destreza la mágica caja y su invaluable contenido.

A su debido momento contraatacó. Justo cuando la popularidad de El Subrepticio se encontraba en el suelo... destruyó la langosta. Salió el sol. Nadie acertaba a creerlo. Se convirtió en el ídolo de su reino. Vitoreado, adulado, casó pronto con la rubia hija del más adinerado señor de la región. Los ojos azules de ésta reflejaban muda admiración....

Avergonzado, Guillermo huyó del reino. En breve reinó la paz y la armonía y todo fue tranquilidad en el dulce reino

del amor y del bosque umbrío y del arroyo cantarín.
Ricardo fue Rey.

Un día regresó el mercader. Traía un enorme objeto cubierto, que a duras penas podía llevar dentro de su nave. Era el encargo mencionado. Se excusó por no poder haber vuelto antes pero, según dijo, una travesía accidentada le condujo a regiones ignotas de donde, a duras penas pudo volver con vida.

Ricardo lo trató con indiferencia. En realidad tenía todo lo que ambicionaba. Y ningún peligro a la vista. Y Ricardo era avaricioso. Un rasgo de familia...

El hombrecillo detectó de inmediato el cambio. Como hábil vendedor, simuló no haber visto nada. Arguyendo lo pesado de la carga, solicitó dejarla en tierra hasta que se alcanzara un trato.

Ricardo accedió. No era parte de su naturaleza discutir, y menos con siervos.

Además, tenía cosas más interesantes en que pensar.

Pasó más tiempo. Los hijos de Ricardo y la rubia beldad crecían felices en su hermoso castillo al costado del bosque y el cantarín arroyo.

Un día sonó el clarín de guerra en el valle. La llanura se llenó de flores carmesí y fulgores de acero. Era el Subrepticio que regresaba.

La primera batalla terminó en una vergonzosa derrota para las tropas reales. El Aburrido se vió obligado a replegarse y a hacerse fuerte a escasa distancia de su palacio. Triunfantes llegaban las canciones guerreras y las carcajadas de los triunfadores. La derrota final parecía inminente...

Entonces el Aburrido se acordó de su encargo. Allí reposaba adosado a un muro donde lo habían dejado.

Rápidamente lo descubrió. Al caer el paño que lo cubría no pudo menos que exhalar una exclamación de júbilo. ¡ Era magnífico !

El Anti-León. Se erguía frente el, hasta una altura de doce palmos la más impresionante máquina de guerra

que jamás osó soñar. Su bruñida superficie lanzaba al sol que restallaba sobre ella destellos de fuego.

Pero, ¿ como manipularla ?

Rápidamente recurrió a la caja. A estas alturas sus mecanismos habituales le eran familiares aún cuando muchos otros eran de uso desconocido.

Después de profundo razonamiento se decidió a oprimir el más remoto. Y el anti-león despertó... Abrió las enormes y cobrizas fauces y emitió un rugido metálico ensordecedor que retumbó en las lejanas montañas.

! Justo a tiempo ! Guillermo (ahora rebautizado "El Sanguinario") enarbolando su espada y aullando de odio se precipitaba en el valle. Tras el también aullando seguían sus feroces huestes, ansiosas del botín que parecía al alcance de sus manos.

Ricardo oprimió el siguiente botón. Con otro rugido estentóreo el anti-león se irguió sobre sus patas traseras y partió raudo como una flecha a través de la llanura. Tras el se auto-generaban, sin dejar de correr, otros y otros

anti-leones hasta que la llanura relucía con el brillo de sus lomos.

Lo que siguió fue espantoso. Una atroz carnicería. Caballos y guerreros por igual fueron a parar al interior de aquellas insaciabiles máquinas de guerra. Metodicamente triturados y deglutidos, para no regresar....

Llegó el momento de tocar a triunfal retirada. Unos cuantos sobrevivientes despavoridos huían por la llanura. Los anti-leones no eran ya necesarios. Nunca más lo serían.

Buscó en la caja el último botón. No lo halló.

¡ Ah pícaro mercader !. Desconfiado como todos lo de tu raza. Te llevaste la clave, hasta cobrar lo prometido.

Los anti-leones regresaron. Como una fuerza irresistible, Como una furia inenarrable.

No hallaron guarida.

Ni paz ni descanso.

Con fría y metódica furia demolieron el reino. Literalmente, piedra sobre piedra. No quedó Aburrido (fue el primero que despacharon). Ni bella esposa rubia. Ni alegres y juguetones hijos. Ni gallardo castillo con erguidas almenas y flamantes pendones. Ni atenta servidumbre. Ni obsequiosos cortesanos. Ni señores feudales, comerciantes ni pueblo. Ni piafantes caballos.

Solo quedaron el bosque umbrío y el cantarín arroyo para narrar la historia.

Y eso fue suficiente.

LA TRAVESIA

Imagínense flotar a mil metros de altura, solazándose con el vasto panorama que se extiende a sus pies, en la barquilla turística de un poderoso zepelín, mientras el tiempo transcurre alejado de todo los problemas que ocurren allá abajo. O, ¿es esto rigurosamente cierto?...

A seiscientos pies de altura las cosas aparecían, en verdad, diferentes. Se sentía uno casi como un oculto espectador que veía transcurrir, en forma despersonalizada, los acontecimientos que se iban desplegando en secuencia ante sus ojos. Era, ciertamente, un recuerdo para toda la vida.

El huso de plata del zepelín hería la pureza de un cielo sin nubes, surcando silencioso sobre el igualmente silencioso desierto del Sahara español. Hacía algunas horas, su paso había sido sorprendido por una banda de beduinos, quienes le persiguieron por largo como

infructuoso rato, maldiciéndolo y blandiendo sus armas e, incluso, disparando contra él.

Pronto la nave egresaría de la candente costa africana y se adentraría en los misterios del azulado océano, que parecía invitarlos a amarizar en la engañosa tranquilidad de sus aguas. Su ruta enfilaba ya hacia la sin par, la mágica Rio de Janeiro, novia hermosa del continente americano y lugar de descanso de las intrépidos leviatanes que cada vez con mayor frecuencia surcaban sus aires.

El hombre joven dormitaba. Era la tercera vez que cumplía la travesía y comenzaba a temer la identificación de un patrón de rutina. De esa rutina que constituía su horror y que le inducía a no escatimar gastos con tal de ahuyentarla. En la amplitud de la cabina colectiva, cómodamente arrellanado en su muelle butaca, había empleado las horas de la mañana explorando con su catalejo el cambiante panorama que se extendía bajo sus ojos. Eso, alternado con la lectura apasionante de la novela que había iniciado (con altas probabilidades de terminarla durante la travesía) y acompañado con sorbos de un delicioso vaso de Pernaud lo transportaban al

umbral de la obnubilación absoluta...Algo mas allá, otros pasajeros se asomaban a los amplios ventanales abiertos contemplando el exterior o jugaban una apasionante partida de naipes o conversaban envueltos en el humo de sus pipas y cigarrillos o escribían largas (y emocionadas) cartas a casa.

Cayó la noche. Los primeros acordes del gran piano y los alegres y entusiastas aplausos lo despertaron por completo. Esta prometía ser una aburrida velada mas en el albergue flotante que los transportaba graciosamente a través de la inmensidad del espacio.

Subió a su camarote a cambiarse de ropa. Abrió la puerta deslizante. En la intimidad del compacto espacio extrajo su mejor atuendo. Con destreza procedió a vestirse. Miró a su alrededor abarcando los suaves colores azul-grisáceos de las acolchadas paredes del cuarto. Algo que lamentaba en el viaje era, como en ocasiones anteriores, la ausencia de ventanas que comunicaran visualmente al dormitorio con el espacio exterior. Nada como el viejo Graf y la conciencia inigualable, al despertarse, de sentirse levitar en la infinitud del vacío. Se perdían y se ganaban cosas con el progreso. No todo era ir hacia

delante. La estrategia de sumergir gran parte del espacio habitable en las entrañas de zepelín había contribuido a la mejor marcha del mismo. Pero siempre había precios que pagar...

Caminó la cubierta, sin llegar a asimilar totalmente la increíble sensación de mirar hacia abajo a través de los amplios ventanales de plexiglas insertados en el piso del corredor. A pesar de la noche, una luna llena inundaba con su luz el espacio acariciando con sus largos dedos dorados las crestas de las suaves olas que delataban, allá abajo, la presencia del mar.

Entró al comedor. Apreció una vez mas el excelente mural de Arpke. Algunas parejas danzaban ya románticamente en la encerada pista de baile. Se escuchaba el claro tintineo del cristal al transportar su preciosa carga de espíritus, granates o ambarinos.

Tomó asiento. A pesar de su juventud era tratado intuitivamente con el respeto y circunspección que invocaban sus pulidos modales y su obviamente sólida posición económica. Examinó con una suerte de displicente curiosidad el menú que le fue presentado. El

chef de este vuelo rondaba el Olimpo de los gastrónomos. Proveniente del renombrado Hotel Kurgarten, el mejor de Constanca, la patria chica de los gigantescos domos del aire, el chef impartía a la deleitada audiencia el embrujo de su arte y de su experiencia sin par. Esto se apuntalaba con una cava de vinos de excelencia tal que hacía las delicias de cualquier sommelier, por exigente que este fuera.

La cena estuvo a la altura de las expectativas, pero ello no contribuyó a aliviar su espíritu abúlico. Sus compañeros de mesa, a quienes no había sido presentado aún, no habían hecho acto de presencia. Dos de ellos, un matrimonio de cierta edad habían decidido retirarse temprano, algo indispuestos por la novedad que para ellos significaba el viaje. Al cuarto pasajero ni siquiera recordaba haberlo visto. En consecuencia, cenó solo, cosa que no le desagradaba en lo absoluto. Ya en la culminación del del postre se sumió en tan profundas reflexiones que casi le hicieron olvidar la espectacular y rubia walkiria que le contemplaba con evidente interés reflejado en sus grandes y azules ojos.

Este viaje a Rio sería el último que haría por esta ruta. La situación era cada vez más tensa y peligrosa, aún cuando -por otra parte- no le aportaba nada nuevo. Los vientos de guerra, emocionantes inicialmente, habían dejado, para él, de ser noticia. Incluso la estimulante sensación de anónima incursión en predios prohibidos y altamente sensibles, análoga a la de caminar en un campo de minas -esperando en cualquier momento un fatal paso en falso- había dejado ya de impresionarlo.. Felizmente para sus embotados sentidos, en pocos días estaría navegando el Amazonas rumbo a una nueva y peligrosa aventura que aliviaría su constante amenaza de aburrimiento. Su mente divagaba ya sobre los preparativos del nuevo viaje.

Por consiguiente, al hallarse en tal estado de abstracción, lo tomó por sorpresa el arribo del silencioso compañero de mesa que casi repentinamente se materializó frente a él. Lo contempló con discreción no exenta de cierta curiosidad. El recién llegado era alto, de edad indefinida, con un cierto aire de misterio en sus ademanes. Impecablemente vestido de noche, su elegante capa ya había sido colocada con estudiado descuido sobre la silla vacía a su lado. Se inclinó levemente, un rasgo de lejanía indescriptible en su profunda y oscura mirada. ¿Puedo

sentarme? preguntó con absurda etiqueta -puesto que al cancelar su pasaje esto lo hacía tan dueño de su región de la mesa como al joven de la suya propia.

-Ciertamente- fue la inmediata respuesta. Es usted bienvenido.

Hubo una breve pausa. El desconocido ordenó brevemente su selección al obsequioso jefe de mesoneros. Luego miró a su alrededor. La nota discordante de toda aquella alegre comparsa la marcaba un robusto y sanguíneo militar, con cuello de toro, algo pasado de copas, con la ubicua y temible esvástica resaltando como un estigma sobre la manga derecha de su uniforme. Hablaba en tono alto, de forma jactanciosa y casi agresiva. Compartía una gran mesa donde se hallaba también sentada la rubia ondina. De momento, contestaba vehementemente a un anciano interlocutor.

- Mi querido doctor Schlassen, bien sabe usted que, por el bien de la patria, debemos permanecer alertas a cualquier signo de anormalidad. Ese es nuestro deber. Por él sacrifico con gusto mi reposo. Porque es necesario ofrendarlo, dado que la amenaza de espías está en todas

partes. Y añadió mirando de reojo: ¡Hasta en esta nave en apariencia tan segura! Un coro de protestas y nerviosas risas predominantemente femeninas saludó esta última afirmación.

- Creo que hay temáticas mas apropiadas que discutir, ciertamente, comentó a media voz el recién llegado. El joven asintió, admirando su sinceridad.

- Permítame presentarme dijo el desconocido, con exquisita cortesía, soy el conde Josef Von Bal.

- Herr Karl Taffil, para servirlo, reimpostó el joven, reservando para otra ocasión más apropiada sus títulos (si es que los tenía).

El hielo estaba roto. Pronto encontraron temas y afinidades en común. La cultura de Bal resultó ser enciclopédica. Tanto en los temas humanísticos como científicos denotaba un conocimiento extraordinario. Pero era en la historia donde realmente alcanzaba la excelencia. En un nivel de acuciosidad cuya fuente de referencia costaba trabajo atribuir a los libros.

A medida que discurría la claridad comenzaba a hacerse en la mente de su interlocutor. La vieja e incomoda sensación de sentirse un cazador rondado, que había comenzado hace ya varios años en un estrecho callejón de la Casbah y lo había seguido intermitentemente por acantilados y fiordos retornaba ahora con sin igual intensidad.

Cautelosos, discurrieron durante cierto rato, como dos elegantes y hábiles adversarios, estudiando cada quién la oportunidad para la estocada oportuna .

Fue Taffil quien decidió terminar la espera. Cómodamente se arrellanó en lo profundo de su asiento y de una manera clara y directa espetó a Bal:

-¿ Por qué me persigue usted desde hace años ? ¿ Quién es usted ? ¿ Qué es lo que busca ?

Se hizo el silencio. Ni los crujidos periódicos producidos por el balanceo de la estructura de la nave distrajeron la atención del diálogo que siguió a continuación.

Y habló el enigmático personaje:

Mi nombre es José Bálsamo. En mis tiempos fui conocido con el abominable título de conde de Cagliostro, lo cual me confirió una imagen en extremo dañina, ligada a la brujería y la superchería. Como tal habité el siglo dieciocho donde, fruto de las convenciones y rigideces de la época y también - por que no decirlo- de mis propios excesos y depravaciones languidecí durante años en una vil mazmorra de la cual logre finalmente evadirme dando al mundo de la época la impresión de haber perecido y escapando así de su inclemencia. Pero mi origen verdadero es ancestral, mucho mas antiguo. Brota de la alquimia y de la antiquísima ciencia de la magia, de la pasión del hombre por conocer lo prohibido. Ese mismo origen ha trazado mi sino. Por haber osado jugar con la trama del destino, he sido castigado con el azote de la inmortalidad. Los siglos se suceden y no hay fin en puerta.

A medida que los años de cruel ostracismo se sucedían, sin esperanza de una terminación, para no enloquecer como el desdichado Werther, me tracé un propósito nacido de la desesperación: hallar al que se encontraba delante de mi, con una carga aún más pesada, para aprender de él a soportar la mía.

Así, repasé en ignotas bibliotecas polvorientos infolios de hechos y leyendas persiguiendo identificar el paradero de la única persona que podría ayudarme en este mundo. La tarea fue por demás ardua. Hubo momentos en que pensé renunciar a mi búsqueda dada la infructuosidad de mis esfuerzos. Poco a poco, sin embargo, fui percibiendo un patrón, un hilo que, como

el de Ariadna, me permitió emerger triunfante de ese espantoso galimatías. Ese patrón era el reto a la muerte, a su riesgo; mi desafío a ésta como forma de vencer su indiferencia.

Y luego, con inquebrantable paciencia, fragmento tras fragmento fui reconstruyendo una apasionante y tortuosa ruta que me llevó desde las sombrías cámaras de la Inquisición al espectáculo colectivo, sangriento y bárbaro, de la guillotina; la lucha cuerpo a cuerpo con el ciego terror a la metralla cruel en las trincheras; los horrores de la sanguinaria tortura practicada por comanches...Y tantas otras situaciones... Por último, en notable esfuerzo de síntesis, pasé de detectar a predecir y me planteé el Último Horror como reto. Me tomó varios años precisar vuestra pista a través de idas y venidas por diversos continentes, pero al fin os ubiqué, concluyendo aquí mi largo y enrevesado periplo.

Por eso he llegado a vos, Cartáfilo, señor del infinito tiempo, acicate de los desesperanzados y dueño de derroteros sin límite ni rumbo. ¡ Mi maestro ! De quien espero alcanzar la luz de la sabiduría y el consejo oportuno para iluminar la senda que recorro desde hace siglos portando esta interminable cruz.

Y habló entonces el otro joven pasajero:

Soy, en efecto, Cartáfilo, también conocido como Ahasvero, Isaac Lequedem, o Butadeo. Por un irreverente pecado de juventud, que ahora reconozco despreciable y vil, fui

condenado a errar por siempre jamás. He sido perseguido y humillado a través del mundo, arrastrando una condena cruel que aún escarmiento. Estoy exhausto de cargar con la expiación de cincuenta generaciones sobre mis hombros. Pero la muerte, con la que sueño, no me quiere en su reino. He buscado todos los medios de disfrutar su beso helado y ella se burla por siempre de mi desesperación.

...Y mi peor castigo, como bien habéis apuntado es la rutina, el espantoso aburrimiento. Nunca imaginé en mi corto lapso de vida normal el castigo que podía significar la terrible certidumbre de la inmortalidad, el yugo del tedio ¡Cómo lo odio, cómo lo temo! Nada ni nadie logra romper su cerco implacable por más de algunos días. Que en mi escala de inmortalidad son apenas minutos.

Por tanto, mucho me temo, no hallareis en mi respuesta clara a vuestras angustias. Tan sólo aspiro ya a retar incesante a la Muerte; perseguirla, hostilizarla hasta el punto en el cual ella misma se digne, finalmente, a terminar nuestra aciaga existencia, cubriéndonos ¡ Oh dicha ! con el negro sudario de su misericordia. Es nuestra única esperanza.

Y las lágrimas represadas durante siglos asomaron a los ojos de los dos inmortales al haber hallado finalmente, cada cual, un interlocutor digno de escuchar sus dolientes cuitas.

Lo que sucedió después se desarrolló tan rápidamente que apenas puede registrarse. Baste decir que el recio militar, irritado por las insistentes miradas de la blonda y apasionada walkiria a su vecino de mesa y estimulado por los vapores del alcohol estalló en cólera volcánica y se precipitó sobre Cartáfilo con el odio en sus ojos, volteando la mesa de un torpe manotón y enviando en todas direcciones platos y cubiertos.

“¡Ya lo sabía !”, rugió, congestionado por la ira. Desde que subí a la nave sentí que llevábamos lastre de espías, ¡ pero ahora me doy cuenta que estaba ante mis ojos !. Y sin más realizó un torpe intento de atenazar el cuello de su odiado adversario.

Pero Cagliostro fue más rápido. Con fría determinación se interpuso entre los dos y de su mano abierta brotó un chorro de fuego que subió imponente hasta el techo del comedor. El agresor, horrorizado retrocedió tambaleante y perdiendo el equilibrio fue a dar al suelo cuan largo era. Los comensales, ignorantes de la ilusión óptica creada magistralmente por Cagliostro estallaron en carcajadas.

Rojo de ira el militar se levantó como pudo y extrayendo de su cinto su pistola de reglamento vació su contenido en el pecho del mago. Nada aconteció. Atónito contempló a los dos desconocidos que se le acercaban implacablemente.

Cartáfilo habló esta vez, con infinito desprecio:

“¡Infeliz ! Sólo uno entre nosotros va a morir!”

Y arrastrando tras ellos al oficial en sus aullidos a través del amplio ventanal abierto a sus espaldas, se precipitaron en la inmensidad de la noche...

Cuando el zepelín hizo finalmente su entrada triunfal a la vitoreante rada de Rio de Janeiro, la bitácora de abordó registraba la ausencia de tres pasajeros perdidos en el mar, por imprudencia, durante la travesía.

Fue la primera y única falla evidenciada por el programa.

Nunca se les halló.

¡HEMOTRONICO...!

¡Cuidado!: La amenaza global está entre nosotros y llegará por el camino menos pensado....Y el hijo del conserje, inadvertidamente, será el disparador de una cadena de eventos que culminará en el surgimiento de la nueva plaga...

La pesadilla emergió sigilosamente. Casi por azar. Cuando el mundo científico se hallaba abrumado por los muchos y muy tangibles males que lo traían de cabeza, en los estertores del siglo XX. En un banco de sangre modelo. En fecha y momento aún por precisar plenamente...

Aquel banco de sangre era el orgullo de la comunidad a la cual servía. Rigurosos controles y procedimientos apoyados por un personal médico y paramédico experto amable y eficiente, dotado de las mas recientes innovaciones tecnológicas lo hacían destacar abiertamente sobre otros menos afortunados competidores.

Distinciones y reconocimientos formaban parte de la cotidianidad de la vida de la institución, donde el optimismo se doraba al calor del éxito. Hasta que un día, un cúmulo de circunstancias cambió drásticamente el rumbo de los acontecimientos ...

I

Todo comenzó con un problema de telecomunicaciones. Un entusiasta congresista había impulsado una visionaria iniciativa para que los diversos bancos de sangre a nivel nacional, aunaran esfuerzos para actualizar su infraestructura informática, contabilizando su accionar y favoreciendo el intercambio de información y recursos y las referencias en la red de servicios resultante.

La noticia tuvo relevancia internacional y los trabajos de contabilidad y actualización de la infraestructura requerida se iniciaron con celeridad. Cada comunidad aportó lo mejor de sus recursos humanos para el logro de tan humanitario fin.

Como era de suponer, el banco de nuestra historia estuvo a la altura de la ocasión. No conforme con cumplir los

requisitos generales establecidos, el director de la institución -perenne promotor del uso de las computadoras- convenció sin esfuerzo a la junta administradora de incorporar la mas reciente tecnología de telecomunicaciones en el desarrollo de los nuevos servicios.

Consecuentemente, el Banco contrató los servicios de un experto quien debía producir los fines esperados a tiempo para la inauguración del sistema nacional de intercambio y referencia de transfusiones, en fecha cercana.

Ahora bien, este susodicho experto estaba ansioso de ensayar un novedosísimo enfoque (del cuál era autor) basado en el aprovechamiento práctico de lo que se conoce hoy como Vida Artificial, es decir, la generación y estudio de ciertas manifestaciones primarias análogas a "vida" derivadas de la aplicación de sofisticadas técnicas de programación a nivel electrónico cuasi-molecular. La deslumbrante hipótesis era de que una participación activa y orientada de Vida Artificial en los canales de telecomunicaciones contribuiría a acelerar el flujo de mensajes, reduciendo las demoras debidas al alto

volumen de tráfico originado durante horas "pico". Análogos a los anticuerpos en el ser humano, las estructuras informáticas de V.A. identificaban y resolvían congestionamientos y molestias que atentaran contra el buen funcionamiento del sistema.

Los primeros resultados alcanzados fueron impactantes. La eficiencia de los resultados obtenidos bajo condiciones de experimentación alcanzó niveles inimaginables. La fama de nuestro banco rebasó las fronteras de lo regional y saltó a la palestra de la vanguardia, en competencia con los mas connotados acontecimientos de la hora...

II

El jefe de conserjes del Banco estaba muy orgulloso de su hijo menor. Era este un muchacho vivaz, intelectualmente hiper desarrollado para su edad, que derivaba un especial placer de sentarse a experimentar durante horas enteras ante una pantalla de computadora, entre inverosímiles ruidos y explosiones de color, con el objeto de perfeccionar sus habilidades en el universo de los

innumerables juegos y retos que el medio electrónico ponía a su disposición.

Nada más lógico y humano- en consecuencia- de que el orgulloso padre permitiera al bien amado hijo el utilizar subrepticamente los recursos informáticos del banco de sangre donde laboraba, en la reclusión y privacidad del cuarto que alojaba el terminal que destinaba al control de actividades de mantenimiento del área bajo su responsabilidad. Poco se imaginaba el bueno del conserje el papel decisivo que, involuntariamente, habría de desempeñar en el cambio de los acontecimientos que acontecieron posteriormente.

Tampoco sospechaba que su aventajado vástago, al incorporar jubiloso el último juego de moda -donado generosamente por un amigo y compañero de inquietudes- a su panoplia de entretenimientos, había introducido al sistema informático del banco, en calidad de polizón, a un raro virus electrónico "durmiente", de procedencia incierta aunque probablemente asiática, arteramente oculto en las circunvoluciones del CD utilizado como portador.

Habrán de saber los lectores no iniciados en las sutilezas de la informática que, en lo que a virus electrónicos (microscópicos programas destructores de estructuras lógicas y de datos) se refiere, podemos clasificar los mismos, al igual que en muchas otras situaciones digitales, según dos grandes grupos: En primer lugar, los virus que atendiendo a su proyección e incidencia son detectados mediante programas antivirus, especialmente diseñados para interceptar y bloquear su acceso y perennemente en necesidad de actualización. En segundo lugar se encuentran aquellos virus que por ser muy nuevos o de escasa divulgación no son detectados por el arsenal de recursos disponible a la fecha.

En este último grupo se alojaba nuestro virus. De hecho procedía de un laboratorio "doméstico" donde sus ingeniosos creadores habían volcado sus mejores y más oblicuos esfuerzos en la esperanza de alcanzar el olimpo de los malditos y el dudoso nirvana que la fama de contaminadores de archivos les prometía.

III

El virus destructor acechaba agazapado. Su naturaleza electrónica primaria había sido dotada de ciertos mecanismos de auto protección destinados a escapar de los delicados sistemas de detección y destrucción que vigilaban los preciados programas del Centro. También tenía órdenes precisas de "hibernar" hasta tanto no estuvieran dadas las condiciones para ejercer a plenitud su acción reproductiva y desarticulada...

De pronto, su paciencia se vio recompensada: ¡Algo se aproximaba! Silenciosamente, el virus se replegó sobre si mismo. Se sentía confundido. Habitualmente el debería buscar a su víctima. Empollar sus archivos, sembrando la siempre creciente semilla de destrucción ¡ y destruir..destruir...!.

Pero esta situación era diferente. El merodeador era otro, otros... Enfrentaba sin saberlo la primera avanzada de vida artificial imbuida con una siempre presente responsabilidad de detectar y dar caza a toda falla que intentara disminuir la sagrada eficiencia del sistema.

El virus se encontraba ante un dilema. Actuar era rebelarse, ignorar las precisas instrucciones impuestas.

Esperar era negar su naturaleza destructora, esperar pasivamente la aniquilación.

La duda solo duró un pico segundo. Irresistiblemente, su instinto de cazador prevaleció y, sin más, se lanzó resueltamente al ataque...

De lo que sucedió tras ese encuentro fortuito no se tiene noticia cierta. Se especula que en la cruenta batalla que siguió no hubo vencedores ni vencidos. El virus escapó del cerco tendido pero el encuentro con sus perseguidores no lo dejó ileso. Se piensa que los daños recibidos alteraron severamente su estructura lógica y que emergió del lance con un comportamiento modificado en modo y manera que nunca previeron sus perseguidores...

De esta forma cierra otra parte de nuestra historia, con un virus fugitivo huyendo de los senderos densamente patrullados, guareciéndose en sitios donde su detección - y eventual destrucción- fuese menos probable, e iniciando, paralelamente, su alterada reproducción genética en forma silenciosa e inexorable.

IV

Las pruebas de laboratorio se cumplieron ese día con la misma rigurosidad de siempre. Dentro de un esquema totalmente automatizado, de manera rápida y eficiente, las muestras de sangre eran sometidas al meticuloso proceso de análisis que conducía al diagnóstico temprano, a la oportuna identificación de anomalías, de sus causas y de las medidas para compensarlas. Había algo de especial fascinación en observar la silenciosa manipulación automática de los pequeños recipientes vidriados y polícromos, accionados indirectamente por la invisible mano informática del hombre, desplazándolos, girándolos agitándolos...

Por supuesto que las estadísticas hematológicas obtenidas como resultado eran traducidas sistemáticamente a datos y remitidas estos, en forma de precisas cápsulas electrónicas, a la enorme base de información que registraba y almacenaba los diferentes renglones de actividad en el Banco..

Pero esa fecha había de ser diferente.

Ya fuese por las alteraciones sufridas en su muy particular conformación genética o por algún otro capricho de la Madre Naturaleza, lo cierto es que de alguna manera no identificada aún, parte de las huestes de la creciente población prohijada por el virus informático original trasvasó del torrente informático al tranquilo remanso de los depósitos de sangre y se sumergió en sus oscuras profundidades, su instinto aguzado por la presencia de minerales en la hemoglobina que despertaban vagos instintos ancestrales...

Y de los extraños y aborrecibles intentos de acercamiento acaecidos entre microorganismos naturales y artificiales, en el seno de esos densos lagos escarlata emergió desafiante una nueva amenaza para la humanidad tal y como nunca había existido antes...

V

Los primeros síntomas de alarma no fueron canalizados, por desdicha, en forma apropiada. El paciente de la cama 150, del enorme hospital ubicado a muchos centenares de kilómetros de distancia del banco de sangre de nuestra historia experimentó, durante su recuperación de una

intervención quirúrgica rutinaria, algunos síntomas de comportamiento por demás extraños al ojo experimentado pero aparentemente transitorios e inocuos. Predominaban en este patrón ciertos lapsus mentales, casi instantáneamente corregidos así como también un cierto "congelado" momentáneo de acciones por parte del paciente que podrían asemejarse a una inexplicable reducción temporal de su capacidad motora.

También, en el departamento de diálisis una de las máquinas entró repentinamente en "convulsiones" y dejó de funcionar ante la consternación de los laboratoristas allí reunidos.

Pero estos anómalos comportamientos no pasaron de ser registrados en las notas de algún interno de particular capacidad perceptiva y, hasta donde se sabe, no volvió a repetirse durante esta fase incipiente de la pandemia. Debe recordarse que a pesar de sus alteraciones, el virus electrónico original estaba programado para entrar en acción en una determinada fecha. Y esta condición, aún cuando parcialmente alterada, no había desaparecido.

V

Un jueves cinco de febrero, el virus mutante despertó. Quedaba totalmente liberado ahora de imposiciones que -hasta el momento- habían restringido severamente su capacidad de acción, permitiéndole, tan sólo, una suerte de supervivencia reproductiva pero inhibiendo su capacidad para originar daño en función de estrategias cuyo propósito inicial había desaparecido muchas generaciones atrás.

Es de hacer notar, sin embargo, que, por esa misma condición de deterioro de su estructura original, el calendario del reloj "biológico" del virus mutante había sufrido desajustes en cuanto a su sincronización, en los diferentes integrantes de la comunidad virásica, lo que hizo que, en vez de asumir características de avalancha en cuanto a la aparición de sus efectos, estos se manifestaran inicialmente de una manera aleatoria , dando origen a un patrón confuso y difícil de ubicar en cuanto a la detección de su relevancia y de sus fuentes.

Con todo, los curiosos acontecimientos que sucedieron a su aparición inicial ascendieron gradualmente en los titulares de los matutinos hasta convertirse en noticias de

primera plana, discernibles individualmente, pero cuyas manifestaciones y efectos eran aún consideradas en forma aislada e independiente.

Entre las noticias de mayor repercusión de esta fase de "despertar" -tanto del virus como de la colectividad afectada- se encuentran:

- La aparición de extrañas y agresivas formas gripales caracterizadas por la difusión, a través de estornudos (ahora re bautizados humorísticamente como estor-nudos y a manera de esporas, de millares de molebytes, portadores de virus mutantes activos. En particular, en las diferentes oficinas, las plantas decorativas de grandes hojas constituían el receptáculo ideal para recibir los molebytes y diseminarlos, una vez secos, en el ambiente interno, esparciéndolos a través de ductos de aire acondicionado a las distintas regiones del edificio. Los afectados experimentaban curiosas modalidades de tartamudeo y palúdicos temblores, incontrolables, seguidos, en los casos más severos, por ráfagas de micro-convulsiones.

Aún cuando rara vez mortal, la enfermedad originaba incómodas secuelas de prolongada duración, lo que dio origen a que muchas empresas utilizaran como factor discriminatorio la incidencia previa de la enfermedad en aspirantes en trámites de ingreso.

- La pérdida parcial, temporal e instantánea de memoria, con evidencia de confusión mental, desarticulación de ideas, y aparición, durante procesos de redacción de documentos, de "ruido" literario, caracterizado por la escritura de cadenas de símbolos involuntaria y caprichosamente incorporados por el escritor, sin justificativo aparente. Llegó a ser conocida, en su auge, como "deconstructivitis".

- Parálisis repentina, sin previo aviso, de personas (conocido en equivalencia informática como el "guinde") durante sus actividades cotidianas, con el consecuente peligro para deportistas, conductores, operarios, policías y otros participantes de alto riesgo. En otras situaciones, como juntas de reuniones, aulas de enseñanza o sanitarios públicos, las personas se hallaban sujetas a muy embarazosas consecuencias. El "guindado" hacía aparecer estático al afectado, sin expresión facial,

repitiendo monótonamente, muchas veces porciones de sus últimas palabras hasta ser "rescatado" de su engorrosa situación por manos amigas mediante la aplicación: de a) fuertes palmadas en la espalda b) (alaridos a quemarropa), y duchas de agua helada o hirviendo, según el caso.

En algunos casos más severos, se ameritaba el uso de vivificadores y hasta de electro-shocks. Los estimulantes emotivos o afectivos no causaban el más mínimo efecto. La víctima afectada, al recuperar su actividad motora y pensante, ignoraba lo que había pasado y reanudaba su actividad como si tal. ! Otra peligrosa causa de despido y desempleo !

- En los aeropuertos y centros de seguridad y control, las máquinas detectoras enloquecían repentinamente, sin razón aparente. Inocentes pasajeros fueron sometidos a las más exhaustivas pruebas, algunas de ellas lindando en la barbarie de la agresión policial, sin poder detectarse causa alguna que originara daños al equipo. Medidas drásticas preventivas como extracción de piezas dentales orificadas y destrucción de prótesis procedieron a ahuyentar a, por igual, pasajeros y visitantes,

disminuyendo ostensiblemente la asistencia a dichos centros (con desastrosos resultados para su economía).

A la larga, el incremento en importancia y frecuencia de estos y muchos otros incidentes y manifestaciones afines comenzó a resquebrajar los aparatos productivos del Estado y de la empresa privada, por igual, y la alarma cundió. Los profetas del fin del mundo vieron llegado su momento, la ipecacuana renació a una época de inusitado esplendor y la humanidad entró en un anhelante 'crescendo' de expectativas y de angustias.

VI

Los primeros resultados provenientes de los laboratorios de análisis coincidieron en identificar un extraño virus que, por su patrón de comportamiento, caprichoso y lógico a la vez, desafiaba la clasificación científica vigente. Al destruirlo bajo condiciones de laboratorio, se observó como su desactivación vital no fue acompañada en su totalidad por su comportamiento motor y reproductivo y que este último difería de todo lo conocido hasta los momentos.

Por otra parte, bajo el ojo inclemente del microscopio se detectó prontamente que el nuevo organismo podía replicarse FUERA de la célula, comportamiento viral habitualmente impensable.

De los estos elementos de juicio así recabados se alcanzaron las siguientes y muy preliminares conclusiones:

- 1) Que se trataba de una variedad desconocida de virus.
- 2) Que tal virus obedecía a una forma de mutación de procedencia posiblemente intencional la cual presuponía además un grado de existencia artificial.
- 3) Que la informática parecía hallarse presente, de alguna manera en el comportamiento del virus en la sangre.
- 4) Que la rata de crecimiento y la expansión de sus síntomas y manifestaciones iba en ascenso y que sus efectos para las estructuras de la sociedad eran altamente nocivos.
- 5) Que no podía resolverse la crisis en función de los recursos y procedimientos disponibles.

Había pues que tomar acciones prontas y precisas, antes de que el incipiente pánico se transformara en una fuerza de venganza destructora, agresiva e incontrolable.

VII

Cuando las medidas habituales fallan, en las grandes encrucijadas donde el destino de la humanidad pende de un hilo, las mentes excepcionales tienen, -finalmente- la palabra y hete allí que después de muchas deliberaciones fue acordado un encuentro cumbre entre las dos figuras cimeras de la época vinculadas a problemas de virosis, aún cuando en muy distintas órbitas: el imperturbable y parsimonioso Dr. Sajno Salkbin, leyenda viviente de la batalla contra los invisibles y microscópicos depredadores del planeta y el volcánico y mitológico Willie Morton, el rey de los especialistas en el área de virus electrónicos.

Después del inevitable choque de egos inicial, prevaleció el calmado y objetivo análisis de los hechos y un brillante trabajo en equipo condujo subsiguientemente a la adopción de un número de perentorias medidas de

emergencia, ante la crisis que alcanzaba ya proporciones de pandemia.

Se establecieron, en consecuencia, varios cursos de acción:

1) La observación de sospechosos infectados y el análisis histórico de su evolución, intentando desandar el camino recorrido para identificar el origen de la virosis.

2) El despistaje de nuevos casos y su aislamiento preventivo. Para ello se diseñaron y construyeron impromptu máquinas detectoras de virus donde las pruebas de laboratorio clínico diseñadas para diagnosticar la sangre infectada eran complementadas con un análisis y diagnóstico informático que culminaba con un mensaje que aparecía en la pantalla del aparato detector diciendo "no virus were found" (ojo: máquina construida en USA) o, por el contrario "unknown virus detected" y un conjunto de acciones a seguir en este último caso, basado en la aplicación del más severo de los antivirus que la tecnología electrónica podía suministrar, esta vez por vía intravenosa bajo la forma conocida como Intrafertron V, que sin erradicar el mal lo difería).

3) El establecimiento de una campaña de educación virásica donde los padres eran exhortados a someter a su familia a exámenes y vacunaciones periódicas.

4) Tolerancia y comprensión por parte de empleadores hacia los nuevos "leprosos" electrónicos, así como opciones de trabajo en casa y a distancia.

5) Celebración de concursos, simposios y encuentro para discutir las formas de revertir los efectos de descomposición social y los estragos en la economía ocasionados por el virus.

La humanidad estuvo a la altura de reto, agrupándose sin discriminación bajo la nueva bandera desplegada. Patéticas escenas de dolor y esperanza se entremezclaban con las acciones de heroísmo anónimo y con los gestos de generosidad espontánea. Nunca como entonces rozó la raza humana el cielo de la grandeza.

VIII

No hubo tiempo de llegar a la raíz del mal. El virus mutante desapareció tan misteriosamente como había llegado. Quien sabe si tanta nobleza demostrada conmovió hasta sus vísceras lógicas. O si agotado su ciclo vital se descompuso otra vez en inofensivos componentes. El hecho es (como dijo el naturalista) que, casi de la noche a la mañana cesaron estornudos, temblores, temblores inducidos y otros síntomas y prevaleció la calma. Dos semanas después la pandemia no era noticia. El formidable toro del Dow-Jones vencía una vez más, en su mitológica e inacabable batalla, al oso pesimista y paranoico de la depresión.

EPILOGO:

El hijo del conserje del banco de sangre nunca supo cuan cerca estuvo del cielo y el infierno. Obtuvo sin esfuerzo su grado universitario e ingresó a un reconocido observatorio astronómico de la región. En sus ratos libres practica activamente la sofrología y aún guarda aún en su pecho el romántico recuerdo de sus raíces informáticas.

Estimulados por el fenómeno del virus humano-electrónico un grupo de destacados científicos ha obtenido los fondos para la creación de un Instituto destinado a la investigación y estudio de aplicaciones de la nueva disciplina conocida como la Hemotrónica, en recuerdo del virus bautizado con dicho nombre. A pesar del breve tiempo transcurrido desde su inicio, creen estar cerca de la cura una de los mas importantes dolencias de la época. Y en los sistemas sanguíneos de una creciente población de pacientes viajan ahora microscópicas legiones de virus "buenos", híbridos guerreros portadores de lógicas cotas de malla e inexorables en la persecución y destrucción de los virus "malos" a quienes todos conocemos.

Una vez más el progreso ha revertido el mal en bien, el azote en bendición...

En las profundidades de su habitat sanguíneo el virus mutante duerme y recuerda. Sueña con una oportunidad mas propicia y aguarda sin prisa, con la sabiduría adquirida durante la vivencia cumplida. Sabe que el momento habrá de llegar....y ESPERA.

SEGUNDA EQUIVOCACION

Egipto y los viajes en el tiempo se conjugan con un toque de Realidad Virtual y una hermosa directora para darnos una lección de lo que no debería haber pasado...

El cronoexplorador estaba consternado.

Poseedor de una mente excepcional, había concebido y puesto a punto, finalmente, aquella maravilla de la ingeniería que, reluciente, se posaba ahora, en su viaje inaugural e histórico, sobre la recalcinante llanura de Luxor. A través de su ágil lente estereoscópico observaba, desde hacia rato, las evoluciones de las largas filas de esclavos que ascendían y descendían, trabajosamente, la gran pirámide en construcción. Y la magia del audiocaptor traía a sus oídos el chasquido del látigo sobre las desnudas y morenas espaldas y percibía los broncos gritos de los capataces. La tarde transcurría bajo un cielo intenso, huérfano de nubes....

Entonces, apareció ELLA ! Repentinamente, como mágica visión, su nave de gasa se auto reconstruyó -con sin igual elegancia- a unos cien metros a la izquierda de la primera embarcación. Silenciosamente, sin dolorosas transiciones, con su sola presencia tomo posesión del ámbito haciendo a un lado como insignificante utilería, a la orgullosa -y hasta entonces única- crononave exploradora.

No lo había visto aun. Su flamante cabellera se desparramaba, como manto real, sobre la elegante y alba túnica que vestía. Su rostro de helénica belleza mostraba una profunda concentración en el tablero de mando, como si revisara algo que no funcionara del todo bien.

Algo no andaba bien, definitivamente. El cronoexplorador no sabía precisarlo pero ALGO estaba sucediendo. Un sutil y gradual cambio en condiciones ambientales, en temperatura, en el brillo del inclemente sol...

Gradualmente, una suave y refrescante brisa invadió el valle. Una bandada de aves apareció y revoloteó con gracia sobre la pirámide en construcción. ¡ Y hubiera

jurado que las masas de vegetación que oscilaban en el límite de su visión no existían momentos atrás !

Pero no fue sino hasta la aparición de la oleada de unos bárbaros de obvia procedencia nórdica que realmente comenzó a preocuparse. Vikingos en el Nilo... ¡ inconcebible !

Y, definitivamente, la vegetación cambiaba ahora, reajustándose en dimensiones, tono y densidad. Y la bandada de aves alteraba perceptiblemente su patrón de vuelo...

Pero el colmo llegó cuando toda la imagen se disolvió bajo una intensa vibración lumínica. Y se REINICIO con variaciones. Ahora los bárbaros no fluían del Norte sino del Este y portaban estandartes que ondeaban ante un viento bravío...

Entonces lo comprendió. Era una cronofilmación, una obra que estaba siendo creada ante sus ojos por una directora única, genial, sin colaboradores otros que su pasmosa tecnología de apoyo..!

Casi simultáneamente, otra idea explotó en la mente del cronoexplorador, haciéndolo orientar su propio sistema de tele- comunicaciones hacia la burbuja de gasa de la bella directora. A pesar de la gravedad de los hechos - o quizá por eso mismo- no se atrevió todavía a descender, prefiriendo acudir, de inmediato, al apoyo de su propia electrónica.

ELLA lo había detectado ya. Con curiosidad pero sin temor, con actitud divertida, casi irreverente, observaba su frenético accionar sobre el tablero.

Pero la electrónica no funcionó... Ninguna forma de mensaje fue aceptada ni siquiera identificada por la nave vecina.

Desesperado, revolvió en sus enseres hasta hallar un marcador y un trozo de papel, reliquias de su época de estudiante y escribió un mensaje de breves palabras: PELIGRO ! CRONOCLASMA !. Luego, violando la regla principal del naciente código de cronoturismo- aun por concretar- anuló el campo de fuerza, descendió de su puesto de mando y corrió sobre la crujiente arena hasta alcanzar el ventanal de la vecina nave sobre el cual

adhirió el mensaje Y, a través del suave matiz del extraño cristal de la aparición, le llegó una inesperada respuesta...

La nave visitante se desvanecía. Tan elegantemente como había llegado.. Su bella conductora -al menos su imagen holográfica- le dedicó una última y enigmática sonrisa antes de desaparecer. Regresaba a la dimensión de la que había emergido inicialmente, impulsada por su talento y su ansia creativa.

El escenario virtual instalado sobre la llanura también se desvaneció. Arbustos, bárbaros y aves, brisas y efectos especiales dejaron de existir.

Una vez mas la llanura se extendía ante sus ojos con su sol de fuego y su límpido cielo y su milenario drama humano.

Pero, otra vez, algo sucedía. Su corazón dió un salto. El viajero se quedó petrificado, parado como estaba sobre la blanda arena. Esclavos y capataces habían detenido sus acciones. Muchos de ellos apuntaban a la espacionave, ahora visible como un imposible insecto sobre la arena. El cielo oscurecía perceptiblemente. Un sordo tremor

crecía en intensidad y la urdimbre del espacio-tiempo comenzaba a deshacerse ante sus ojos.

Y esta vez, era real... !

EL ANTIFAZ MAGICO

Y el turno es para Venecia... La bella, la misteriosa, la eterna novia del Adriático, la que se arrebuja en el manto de los siglos para proseguir cautivándonos con su inmortal embrujo. Conozcan lo que le ocurrió a un visitante que tuvo su oportunidad para rozar la eternidad, y el amor, a través de un extraño antifaz.

Todo asentamiento humano tiene un límite respecto de la carga emocional que puede absorber su infraestructura física. Porque ella participa, silenciosamente, en registrar la historia de las vidas que aloja, captando por igual lo banal y cotidiano, lo sublime y lo extraordinario. En algunos casos, esta carga se dispersa de inmediato. Entonces tenemos ciudades vacuas, desprovistas de calor humano y de misterioso encanto. En otros, por el contrario se detecta una maravillosa capacidad de retener en su seno el drama y la alegría de los que la ocupan. Muy pocas, sin embargo, poseen la capacidad de acumular, a través de los siglos, esta extraña

herencia. Pero siempre, en todo los casos, existe un límite de lo que puede llegar a resistir dicho tejido...

Este relato está dedicado a Venecia, la inolvidable, la inmortal, la gran gata jaspeada que se acurruca ronroneando, voluptuosa, frente al Adriático, presidiendo, serena, el discurrir de los siglos reflejados en la dorada y patética belleza de sus entrecerrados ojos...

No podría duplicar el cúmulo de pequeñas circunstancias que el destino encadenó para conducirme, una apacible tarde de otoño, a la inconspicua tienda incrustada en lo más profundo del palpitante corazón de Venecia.

Llevaba días vagabundeando en el entorno de mi ciudad consentida. Disfrutaba del incomparable deleite de desgastar el tiempo según mi entera potestad, en el transcurso de unas bien merecidas vacaciones. Repasaba sin apresuramiento un cúmulo de experiencias ya vividas allí, desde la opresiva soledad del alma percibida en la lóbrega penumbra del Puente de los Suspiros, hasta la imponente panorámica aérea desde la cumbre de San

Giorgio y el mustio olor de las podridas catacumbas en el venerable recinto de San Zacarías. ¡ Y es que Venecia me hablaba ! Con toda la fastuosidad de su polícroma arquitectura, con el encanto de sus maravillosos puentes y sus incomparables visuales, hasta con el deambular de sus profanas masas turísticas que invadían desordenadamente el espacio urbano estrellándose, no obstante, en su inconsciente intento por vulnerar el LUGAR, la pertenencia, la tremenda fuerza de identidad que la milenaria ciudad poseía.

Fue probablemente ese estado de ánimo soñador (¡ en esta ciudad de ensueño !) lo que me indujo a perder gradualmente el rumbo de mis pasos hasta que una tarde, de pronto, me hallé en una región inexplorada para mi, del dédalo de estrechas callejuelas y puentes que entreteje la ciudad y de la cual no guardaba recuerdo alguno. Era de allí que provenía el influjo hacia el cual había inconscientemente derivado. Observé con curiosidad las estancas fachadas de la callejuela, soldadas entre si por el tiempo y los fragores de pasadas guerras y me senti de pronto extrañamente acompañado, a pesar del escaso fluir del tránsito peatonal.

Paseaba sin rumbo, disfrutando las delicias de aquella suerte de soledad acompañada, cuando la vi... Era una inconspicua tienda, de las muchas que integran el paisaje veneciano, incrustada en la sombra de un portal. Movido por un irresistible impulso me acerque a ella y contemple su única ventana. Al igual que otras estaba ornamentada por variadas máscaras y antifaces. Allí convivían, sin estorbarse, altivas porcelanas y tenues gasas y falsas pedrerías. Era, pues, una ventana al carnaval, a la alegría desenfrenada pero misteriosa, que arrastra la tradición en Venecia a través de los siglos. Pero entre todo el creativo despliegue que allí se exhibía, mi atención se vió capturada por un modelo de extraño diseño cuya sobriedad contrastaba, casi desdeñosamente, diríase, con el oropel desenfrenado que batallaba por atención en la superficie del aparador.

"Ese antifaz no se vende. Tiene una leyenda que lo impide. Es para todos los ojos que con él puedan ver". Ese fue el corto y enigmático mensaje que recibí del amable dueño de la tienda cuando entré en ella con el ánimo de añadir el modelo a mi crecida colección de recuerdos de viajes y correrías. Nunca he sido afecto a las discusiones y, por lo demás, percibí que la posición del

dueño no admitía argumento. Pronto abandoné la tienda llevando en un pequeño paquete el codiciado objeto. Ante mi sorpresa, no hubo el mayor reparo en permitir, tras un mínimo de formalidades, que un desconocido como yo llevase, en calidad de prestamo indefinido, tan preciado modelo.

Una vez en la seguridad del hotel, deshice la cuidadosa envoltura para examinar detalladamente el antifaz. Era, indudablemente, de viejísima hechura, aun cuando admirablemente conservado. Sus severas pero armoniosas líneas denunciaban la experta mano que lo había fabricado. Con la punta de mis dedos recorrí la bruñida superficie que mostraba un suave matiz de brillo metálico, como de plata antigua. Cuidadosamente me puse el antifaz. De inmediato percibí la existencia de algún tipo de cristal que insertado en las aberturas de los ojos. ¡ Cristal ! Esto si era realmente curioso. ¿Con qué objeto? ¿Por que razón ? Mi fantasía se disparó de inmediato, explorando y descartando mil razones para tan insólito hecho. Al final, llegue a la conclusión (intuida) de que algún efecto visual extraordinario debió perseguir el ignoto artesano al incorporar este recurso. Y me aboqué con entusiasmo a descubrirlo...

Pero todos los experimentos que realicé posteriores a la formulación de la referida hipótesis resultaron infructuosos. Cambios en posición, tiempo y lugar e incluso de condiciones climáticas no lograron la más mínima alteración en la límpida visual obtenida a través del antifaz. Su imperturbabilidad parecía rechazar desdeñosamente todos mis esfuerzos, fustigando mi impaciencia.

Pasaron los días y los intentos de hallar el oculto mensaje del antifaz veneciano se estrellaban una y otra vez. Mis vacaciones se acercaban a su fin y comenzaba ya a acostumbrarme a la idea de tener que regresarlo a su fuente de origen sin haber sido capaz de desentrañar y de disfrutar su celoso secreto.

Un día que regresaba de la plácida y soleada costa del cercano Lido al hotel donde me hallaba alojado, sentí de pronto un irresistible impulso que me indujo a abordar el vaporetto rumbo a San Marco.

Frisaba la tarde. Las disminuidas oleadas de turistas que regresaban a la Piazzetta dei Leoni, habiendo dicho

previamente adiós a la belleza bizantina y atípica de la iglesia de San Marco, agotados por el trajinar del día, para esperar su traslado a tierra firme, se habían descompuesto en grupúsculos cuya estaticidad contrastaba con el rápido ritmo evidenciado más temprano en el día.

Me refugié en un rincón de la Piazzetta. Discretamente, y quizá por última vez ceñí el antifaz . Y ¡ oh maravilla ! percibí, al fin, lo que tanto tiempo había intuido sin conocerlo.

Primero fué un sutil cambio en la luminosidad del ambiente que percibía. Era como si la atmósfera se subdividiera en invisibles capas de distintos matices. Como un enorme escenario que afina sus luces para la presentación de una magna obra. Luego, ¡aparecieron los actores! Llegaban de todos los rincones, en diferentes épocas, bajo diferentes atuendos y actitudes. Mercaderes riquísimos, enjoyados; ascéticos y encorvados monjes; legiones de soldados con relucientes corazas, con paso marcial; hoscas piratas y vociferantes bárbaros y alegres comparsas cantando y danzando al ritmo de inaudibles melodías. Y los integrantes de esta abigarrada multitud,

de todos los niveles y de todas las épocas, pese a su aparente solidez corpórea se entrecruzaban pasando unos a través de otros, sin percibirlo, preservando milagrosamente incólume la coherencia de su propio espacio-tiempo.

Y sentí, súbitamente, que me asaltaba la tremenda carga emocional que la ciudad guardaba a través de sus épocas, de su larga y venturosa epopeya urbana. Y me sentí ciudadano de mil circunstancias y mil situaciones a la vez, en el rescoldo de su haber sido. También descubrí que podía, con un esfuerzo de concentración, aislar la actuación de los diferentes grupos de forma tal que aquellos en los que centraba mi esfuerzo de atención aparecían sólidos y dotados de pleno realismo, mientras que los otros pasaban a formar parte de un entorno vaporoso e irreal.

De pronto, entre las miles de imágenes que desfilaban ante mi mente afiebrada, pero extrañamente lúcida, identifiqué una alegre comparsa que, cantando y bailando, se acercaba a mi refugio, cercano a la gris columna que corona el león alado. Estaban todos ataviados con ropas que delataban su encumbrada

procedencia. Al frente de ellos, de pareja con un atípico condottiero se desplazaba, alada, una donna de inigualable belleza. En el ajetreo de la diversión que disfrutaba había descartado momentáneamente el antifaz, que portaba en una de sus pequeñas y ensortijadas manos.

La observé con admiración. Aquel fantasma de pasadas épocas llegaba a mí con plena intensidad, capturándome en el esplendor de su femenino embrujo. Todos sus movimientos eran gráciles, de incomparable euritmia. Traicionaban su patricio perfil, su blonda, alborotada cabellera y su porte real, unos cálidos e invasores ojos verdes enmarcados en un rostro de ovalo perfecto y cutis nacarino. Esos ojos luminiscentes, que hablaban de lejanas tierras, de blanca arquitectura y arroyos juguetones y fuentes cantarinas, se posaron por un instante en los míos, quemándome el alma como invisible hierro de marcar. Pero, a través de los siglos percibí en el fondo de aquella desenfrenada alegría una profunda nostalgia, una añoranza de tierras, amistades y parajes para siempre perdidas...

Salí de la sombra del pórtico en que me alojaba y me acerqué a ella. Súbitamente todo aparecía tan real como si me hubiera trasladado a otra época. Ahora me sentía parte de la escena; las otras multitudes en el cronoespacio habían desaparecido. Ella también me percibió, me vió venir con una alegre y sorprendida sonrisa que iluminó su rostro haciéndolo, si posible, aún más bello. Separándose del grupo, extendió sus brazos hacia los míos. Por un instante nuestras manos llegaron a tocarse...

Pero la tremenda fuerza del momento cobró su impuesto. Regresaron las multitudes de otros siglos, que por un instante había logrado someter a control, y en la resultante y silenciosa algarabía que siguió, la bella dama y su alegre comparsa se vieron envueltos en un torbellino de imágenes que los alejó inexorablemente, y para siempre, de mi vista.

En vano intenté rehacer aquel maravilloso momento. El mágico antifaz se negó a complacerme. De alguna manera supe que aquello significaba el fin de esta aventura.

El dueño de la tienda recibió de regreso el antifaz con la mayor naturalidad. Por el supe algo de su historia o, mejor dicho, de su leyenda.

Parece ser que en tiempos muy remotos existió en Venecia un artesano destacado, diseñador y fabricante de máscaras y antifaces a quien la fortuna sonreía, mimosa. Bien pronto, el éxito de éste lo llevó a disfrutar de una holgada situación económica y contrajo matrimonio con una bella joven de la localidad a quien amaba profundamente. Por un tiempo su felicidad transcurrió ininterrumpida. Entonces llegaron nubarrones agoreros a turbarla. En corto plazo, la joven esposa enfermó y murió sin que nada pudiera hacerse para salvarla. El impacto del dolor de esta pérdida sobre el artesano fue devastador. Se encerró en su taller y desde entonces poco se supo de él. Había concebido la secreta idea de establecer un puente en los siglos que le permitiera regresar a su amada. Estaba convencido que el espíritu de la misma se hallaba aún capturado por el embrujo del ámbito de Venecia. Y pensaba que la refracción del tiempo, aprovechada mediante cristales especialmente diseñados podía acercarla nuevamente a la imagen de su amada. Y dice la leyenda que al fin, tras incontables

penurias, un día pudo reunirse fugazmente con su esposa. De lo que ocurrió después de este encuentro no se guarda registro. Pero hay quien dice que nunca mas repitió su experiencia, desembocando su estado de ánimo en una gradual locura que lo condujo a incorporar su herramienta óptica en un antifaz especialmente diseñado, para ocultarla de los depredadores quienes, en su delirio, lo asediaban continuamente.

Como quiera que ello sea, a su muerte, su testamento reveló la presencia del maravilloso artefacto y estableció, para su uso dos condiciones básicas: la absoluta gratuidad de su uso y la indefinición del tiempo de préstamo único. Por lo demás, y esto si no guardaba explicación alguna, las personas que lo utilizaban solo alcanzaban una única experiencia, sin posibilidad de repetirla.

¡ Solo una visión por persona !...

De la bella desconocida solo queda el recuerdo de su imagen de alegre hada, de su mirada de fuego y de la suave y secreta tibieza de sus manos, cuyo calor por un instante compartí. Pero como la memoria es traicionera, y el yo orgánico reemplaza en el tiempo al recuerdo vivido por otro de segundo orden, me he

abocado a registrar estas impresiones recientes antes de que los años procedan a su inexorable deformación.

Venecia, octubre de 1890.